

Selección

TERROR

EN EL UMBRAL DEL AVERNO

ADA CORETTI

Estaba en aquellos instantes bajo las ramas de un árbol, y el tupido follaje peinaba su cabeza. Acababa de sentir un extraño roce.

Aunque podía tratarse de las hojas, no era eso. La diferencia era notable.

Por eso, porque el motivo podía ser grave, se había quedado como paralizado.

Desde luego, reaccionó en el acto. Conocía lo suficiente aquellas tierras, sus traiciones y sus celadas, y sabía que unos instantes de demora podían ser su perdición.

Dio unos pasos y apuntó hacia el árbol, hacia lo alto. Había arrojado la pequeña maleta, algo enteramente inútil, engorroso e incómodo, en aquellos instantes llenos de tensión.



Ada Coretti

En el umbral del Averno

Bolsilibros: Selección Terror - 109

ePub r1.2

xico_weno 29.08.16

Título original: *En el umbral del Averno*
Ada Coretti, 1975
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

En el descacharrado autocar, que parecía ir dando botes en medio del polvo de la carretera, Andrew Corwers llegó al poblado indígena.

Le guiaba la curiosidad. La simple curiosidad de joven millonario, amante de las emociones y las aventuras. Sólo eso.

Había oído decir:

—Hace años que el doctor Griffin vive en el poblado Sattaka. Sigue con sus investigaciones.

Y decidió ir allí, sin más.

Andrew Corwers le había conocido en Londres. Por aquel entonces, era un hombre de unos sesenta años, delgado, casi enjuto, que hablaba de sus teorías biológicas, con absoluta convicción.

—Yo conseguiré que la sangre de las fieras pueda ser dada, en transfusión, a los seres humanos.

A Andrew Corwers le dejó sorprendido la teoría, que juzgó de muy dudosos resultados, pero se abstuvo de comentarlo porque no le gustaba herir la susceptibilidad de nadie. Desde luego, pensó que aquel hombre no estaba muy bien de la cabeza.

Dado que el poblado Sattaka se hallaba cerca de su actual ruta, le tentó la idea de volver a ver al doctor Griffin, de saludarle y de preguntarle por sus estudios científicos. Y por eso había subido a aquel autocar, el cual, durante el camino, se había estropeado en un par de ocasiones. Habían perdido más de dos horas en el arreglo de las averías. Horas que resultaron verdaderamente insoportables, bajo los rayos de un sol abrasador.

A ese retraso se debía el hecho de que Andrew Corwers llegara al poblado indígena cuando era ya noche cerrada.

Fue el único en apearse allí. Los demás viajeros siguieron adelante.

Con una pequeña maleta en la mano derecha, y con el cuero del rifle sobre su hombro izquierdo, el joven avanzó hacia el centro del poblado.

Pero conforme iba adelantando hacia aquel lugar, a través de un camino que el espesor de los arbustos colindantes hacía cada vez más estrecho, Andrew Corwers presintió que algo no iba bien.

Por ello que sacara el rifle de su hombro, cargándolo. Por si acaso. En aquellos lugares, cualquier eventualidad podía esperarse.

Pero, al parecer, sus temores iban a resultar infundados, pues ya tenía el núcleo central del poblado ante sus propios ojos, y no había sucedido nada anormal. Absolutamente nada.

Sí, estaba ya ante el poblado, alzado en un claro de aquel trozo de selva.

Las chozas habían sido construidas de cañas y barro, todas muy parecidas, pero algunas de ellas, bastante distanciadas de las otras. Su colocación, tal vez, señalaba la diferencia de clases. Destacaba la casa de madera del doctor Griffin.

Bueno, Andrew Corwers dedujo que sería la casa del científico. Desde luego, habían otras dos casas, también de madera, aunque mucho más pequeñas. Debían pertenecer a algún otro blanco, que habitase casualmente por allí.

De súbito, el joven se inmovilizó. Sus pasos quedaron clavados en el suelo. Lo mismo que si toda la sangre se le hubiera detenido de un vuelco.

Estaba en aquellos instantes bajo las ramas de un árbol, y el tupido follaje peinaba su cabeza. Acababa de sentir un extraño roce…

Aunque podía tratarse de las hojas, no era eso. La diferencia era notable.

Por eso, porque el motivo podía ser grave, se había quedado como paralizado.

Desde luego, reaccionó en el acto. Conocía lo suficiente aquellas tierras, sus traiciones y sus celadas, y sabía que unos instantes de demora podían ser su perdición.

Dio unos pasos y apuntó hacia el árbol, hacia lo alto. Había arrojado la pequeña maleta, algo enteramente inútil, engorroso e incómodo, en aquellos instantes llenos de tensión.

Sin embargo, entre las ramas, entre el follaje, sólo salía algo que

parecía cabello… Un cabello negro y rizado…

Pero era de noche, llegaba poca claridad desde las hogueras del poblado, y no hubiera podido asegurarlo.

Tuvo que acercarse nuevamente. En esta ocasión, alzó la mano, tocó…

Sí, en efecto, aquello era cabello humano.

Entonces, oyó un gemido.

Apartó las ramas lo que pudo, y vio exactamente lo que sucedía. Allí había colgado un negro, cabeza abajo, maniatado. Un negro vestido con pantalón y camisa blanca.

El gemido volvió a dejarse oír.

Andrew Corwers era, de complexión atlética, de músculos ligeros, y pudo encaramarse con rapidez al árbol y soltar la cuerda que, en lo alto, sujetaba los pies del negro.

La fue soltando poco a poco, depositándole con cuidado sobre el suelo. Precauciones que resultaban de fuerza mayor, porque, a juzgar por su aspecto, aquel negro se hallaba moribundo.

Cuando consiguió incorporarle un poco, apoyando su espalda en el tronco del árbol, Andrew le preguntó:

—¿Quién ha hecho esto contigo…?

No esperaba respuesta. Sabía que le estaba hablando en inglés, un idioma que no era el suyo.

Sin embargo, aunque no lo fuera, el negro debió entenderle, así que levantó el brazo y señaló hacia el poblado. Un gesto elocuente, y que indicaba claramente que allí, en el poblado, estaba su asesino.

—Dime su nombre —pidió Andrew—. Ya que me entiendes, dime su nombre.

El negro apenas podía alentar, jadeaba penosamente, con el resto de vida que le quedaba. Ponía los ojos en blanco, en un esfuerzo supremo e impresionante por no cerrarlos para siempre.

—Dime su nombre —repitió Andrew.

Pero el negro no respondió, limitándose, en esta ocasión, a abrir la boca.

Al ver la cavidad que le mostraba el negro, Andrew comprendió que no le respondería entonces, ni nunca. Le habían condenado a callar.

No es que le hubieran arrancado la lengua. Se habían limitado a atravesársela con púas de puercoespín.

Un método de efectos muy singulares y radicales al mismo tiempo. Lo había oído contar más de una vez.

Atravesada la lengua por púas de puercoespín, ésta se quedaba paralizada, inmovilizada por un dolor inconcebible, espantoso, verdaderamente infernal. Por lo demás, como las púas de puercoespín habían sido humedecidas con el extracto de ciertas hierbas venenosas, inmediatamente surgía una infección galopante, que en muy poco acababa inapelablemente con el individuo.

—No puede quedar sin castigo tu asesino… —dijo Andrew, excitado, pues el negro se moría por instantes y se rebelaba ante el hecho de que el culpable quedara encubierto—. Ya que no puedes hablar, haz un gesto, un movimiento, que a mí me indique, o pueda indicarme…

El negro hizo algo. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una fotografía. De mujer blanca.

De mujer joven y guapa.

Después expiró.

Pero antes había vomitado algunas de las púas de puercoespín, en medio de una escalofriante bocanada de sangre y pus.

* * *

Pocos metros le quedaban para llegar al poblado, así que Andrew Corwers daba por descontado que los sobresaltos habían concluido, por aquella noche.

No obstante, se equivocaba.

Entre las sombras de la noche y entre los resplandores movedizos de las hogueras, vio, o creyó ver, un ataúd… ¡Un ataúd!

Dio un respingo. No había para menos, sobre todo después de los últimos hechos que había vivido.

Pero no estaba asustado, y, sin pensarlo más, sus pasos se dirigieron hacia aquel lugar, apartándose momentáneamente del camino que conducía al poblado.

Desde luego, se trataba de un ataúd. No se había engañado.

Y al llegar junto al ataúd, no sin antes tomar ciertas precauciones, porque ya había podido comprobar claramente que el sentido del humor no era el fuerte de los componentes de aquel poblado, vio que estaba destapado…

Desde el interior, le sonrió el muerto, o pareció sonreírle,

aunque, en verdad, aquel gesto era sólo una mueca.

El muerto era el doctor Griffin. Le reconoció en el acto. A pesar de los años transcurridos y del hálito de muerte, horrible y espeluznante, que afilaba y desencajaba sus facciones.

La tapa del ataúd estaba a pocos pasos.

—Buenas noches. Es usted el señor Corwers, ¿verdad?

Andrew se volvió. Miró con alivio a la persona que le había dirigido la palabra, en un perfecto e irreprochable inglés. Era un hombre de unos cuarenta años, de regular estatura, que usaba gafas de bastantes dioptrías.

—Sí, soy yo —respondió.

—Mi nombre es Ronald Prince —se presentó, tendiéndole amablemente la diestra—. Era el ayudante particular del doctor Griffin. Ya no lo soy… Ha muerto —le dirigió una mirada—. Ahora vamos a enterrarle. Hemos esperado a estas horas de la noche, porque los negros de esta zona tienen esta superstición. Dicen que así no se meterán con él los malos espíritus.

—¿Cómo sabía usted que era yo…? —preguntó Andrew, un poco intrigado.

—Ayer nos trajeron provisiones, medicamentos y demás, y el conductor del camión me habló de usted. Dijo que, posiblemente, llegaría hoy en el autocar. Sea usted bien venido.

—Hubiera preferido una bienvenida más a mi gusto… —indicó el ataúd—. ¿De qué ha muerto?

—Una pareja de leopardos, macho y hembra, se presentaron en el campamento que teníamos instalado junto al lago, a unas quince millas de este poblado. Allí, el doctor Griffin solía hacer la mayoría de sus experimentos. Los leopardos nos cogieron desprevenidos y se nos echaron encima. El doctor ha pasado varias semanas entre la vida y la muerte. Finalmente, todo ha sido inútil.

—Por lo que veo, usted salió mejor librado.

—Sí, desde luego —asintió—. Pero a no ser por la ayuda que recibimos a tiempo, también hubiera muerto. Lo mismo que ella.

—¿Ella…? —inquirió, y creyó sentir en su bolsillo el contacto de aquella pequeña fotografía.

—Me refiero a Coleen, la sobrina del doctor Griffin. Vino de Londres hará un par de años, así que hubo acabado sus estudios. Desde entonces, no se había separado de su tío, su único pariente.

En fin, ya tendremos tiempo de hablar. Ahora, ante todo, permítame ofrecerle nuestra hospitalidad. Para nosotros, hágase cargo, tiene un valor inestimable recibir una visita como la suya. ¡Este lugar se halla tan apartado de la civilización!

—Agradezco y acepto, encantado, su invitación, señor Prince.

Sonaron voces y gritos.

Habían encontrado el cadáver del negro.

Pero Andrew Corwers no dijo ni comentó nada, al respecto. Como si él se hallase enteramente al margen de todo aquello.

¿Por qué calló…?

Un sexto sentido le había indicado que debía hacerlo así. Por su propio bien.

CAPÍTULO II

Oír el rugido del león —un rugido que hace temblar la tierra— desde el interior de aquella confortable casa de madera, con las puertas bien cerradas y los mosquiteros metálicos colocados en las ventanas, hubiera resultado emocionante e incluso poético para Andrew Corwers, a no ser que, desde que había llegado a aquel poblado negro, sentía hondamente, incisivamente, como si aquel lugar de la tierra fuera la boca del infierno.

Una sensación extraña, estremecedora, de la que no había podido desligarse. Una sensación que le había agarrotado.

Oyó la voz amable de Ronald Prince, que le decía:

—Somos nosotros los únicos hombres blancos de esta zona…

Y le presentó a Johnny Hodsson, periodista de profesión. Era joven, apuesto, y tenía una sonrisa sumamente simpática. Había llegado a aquellas tierras en busca de artículos para su periódico, pues al público parecían atraerle los temas de la selva.

Llegó a Sattaka haría unos tres meses, y seguía allí, y en aquella misma casa, como invitado. El motivo de que no se hubiera ido ya, era Coleen, la sobrina del fallecido doctor Griffin. Se había enamorado de ella, y era correspondido. Ahora, hacían planes para el futuro.

Andrew miró a su alrededor. No veía a la muchacha por ninguna parte.

Le presentó también a Billy Reagar, un hombre grueso, muy grueso, de unos cincuenta años, que tenía un tic nervioso en el ojo derecho. Por el contrario, todos sus movimientos y gestos eran de una exacerbada lentitud. Resultaba chocante.

Era pintor No demasiado bueno, pero tampoco malo. Había vivido de sus pinturas hasta entonces, por lo menos así lo aseguraba. Solía decir que a la civilización no volvería nunca,

porque allí le esperaba una esposa insoportable. Cada vez que decía esto, se reía. Por lo visto, se hacía mucha gracia a sí mismo. Vivía en la pequeña casa de madera, situada al otro extremo del poblado.

Le presentó seguidamente a Alan Hope. Muy alto y muy delgado. Era ingeniero. Pero un ingeniero lamentablemente fracasado, que deseaba olvidarse de su carrera. Vivía en la otra casa de madera, la situada más al sur.

—A Coleen no se la puedo presentar ahora… —añadió Ronald Prince—. Está ya reposando. Mañana la conocerá; es una muchacha preciosa… ¡Nabba! ¡Nabba! —exclamó de pronto—. ¡Ven y sirve *whisky* para todos! ¡Nabba!

Apareció una negra, joven, con ojos como platos. Se cubría el cuerpo con una tela chillona, y llevaba dos grandes aros colgados de sus orejas.

—Sí, mi amo —respondió en inglés, haciendo una respetuosa inclinación.

Inclinación que no le impidió mirar de pies a cabeza al nuevo huésped, que dio la sensación de causarle muy buena impresión.

Sirvió los *whiskys*, esbozando una sonrisa al ofrecer la bandeja a Andrew Corwers.

Para el resto no hubo sonrisas. Pero el gesto más adusto lo reservó para el grueso Billy Reagar, por quien, desde luego, no debía sentir muchas simpatías.

—Puedes ya retirarte, Nabba —dijo Ronald Prince, cuando todos tuvieron ya su copa—. Buenas noches.

—Buenas noches, mi amo.

Hizo una nueva inclinación, y se retiró.

Al poco, los hombres salieron a conversar a la terraza, porque hacía demasiado calor para seguir dentro, a pesar de los ventiladores. Se llevaron un par de rifles, por si acaso. Eso fue todo.

Hablaron cada uno de sus cosas, muchas de ellas sin importancia. Finalmente, surgió el tema del negro muerto, como una cuestión más sin trascendencia.

—Alguna rivalidad amorosa —opinó Johnny Hodsson—. No es la primera vez que sucede. Escribiré sobre ello.

—Puede que sea eso… —opinó a su vez Billy Reagar, montando con lentitud una gruesa pierna sobre la otra—, o puede que no…

—¿Acaso —preguntó Ronald Prince— supone usted otra cosa?

Parece darlo a entender.

—Si tan claramente me lo pregunta, señor Prince, no puedo, honradamente, omitir lo que pienso. Creo que se trata de algo distinto… No sé… —Hizo un gesto dubitativo— desde la muerte del doctor Griffin, nada me parece ya como antes. En ningún sentido.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, de nuevo, Ronald Prince.

—Simplemente —aclaró el aludido— que existen muchos motivos por los que puede llevarse a cabo un crimen como ése.

—Ya se sabe —convino Johnny Hodsson—, pero la lógica…

—¿Dónde está la lógica en la vida, amigo mío? —Billy Reagar le había interrumpido—. ¿Usted lo sabe? Yo aún no.

—Por ejemplo —dijo Ronald Prince, mientras se ajustaba mejor sus gafas de bastantes dioptrías— la lógica está en el hecho de que… todos nosotros, en mayor o menor medida, estemos enamorados de Coleen…

Todos le miraron, pensando que aquello podía habérselo callado. Lo había dicho con una enorme falta de tacto.

—Lo que acaba de decir —repuso el grueso Billy Reagar— no es más que una suposición suya. Que yo sepa, nunca le he dicho que estuviera enamorado de ella… Lo que a mis años, y tan gordo, creo que resultaría un poco ridículo… Pero, vamos, de sus palabras se desprende que es usted, señor Prince, el que confiesa sentir por ella…

—Sí, lo confieso —afirmó—. ¿Hay algún mal en ello?

—Para mí —dijo Johnny Hodsson—, que soy su prometido, sí lo hay. Hubiera preferido que omitiese…

—El omitir hechos ciertos, concretos, no conduce a nada —aclaró Ronald Prince—. Por lo demás, entre nosotros, que somos los únicos blancos de esta zona, ¿a qué engañarnos unos a los otros?

—Al doctor Griffin le gustaba vernos por esta casa —dijo Billy Reagar—, pero ahora es Coleen la dueña de esto… Será ella, pues, quien en adelante, disponga de todo… Si a ella no le resultara grata nuestra compañía, en tal caso, no vendríamos más…

—¿Tiene esto algo que ver con lo que hablábamos? —inquirió Ronald Prince—. No existe motivo para suponer que Coleen piense de distinto modo que su tío.

—Sus palabras de antes, señor Prince —puntualizó Billy Reagar—, por un momento, me habían hecho suponer algo distinto…

Alan Hope, de pie, pareciendo aún más alto y más delgado, seguía sin decir nada.

—Señores —intercaló Johnny Hodsson— permítanme decirles, como prometido de Coleen, que creo sinceramente que esta conversación se ha complicado y tergiversado de la manera más tonta… ¿No sería mejor olvidarla? —E hizo un gesto sumamente cordial.

—De acuerdo —dijo Billy Reagar—. Por mí, no hay el menor inconveniente.

—De acuerdo —repuso, a su vez, Ronald Prince—. Asunto zanjado.

Alan Hope esbozó una sonrisa. Simplemente eso. Por lo visto, no era hombre de muchas palabras.

Poco después, unos y otros se retiraban.

A Andrew Corwers le fue destinada una aseada, amplia y acogedora habitación.

* * *

La terraza de madera festoneaba los cuatro lados de la casa. Las puertas externas de todas las habitaciones desembocaban allí.

Y fue a varios metros de su trozo de terraza, donde Andrew Corwers vio aparecer a la muchacha, a Coleen, a la sobrina del doctor Griffin. ¡La muchacha de la fotografía!

Se quedó impresionado. Tenía una figura preciosa y un rostro sencillamente bellísimo.

¿O le estaba engañando la luz de la luna y de las estrellas, mezclada con el resplandor de las hogueras? Hogueras que, sin duda, seguirían encendidas toda la noche para ahuyentar a las fieras.

Pero lo que le impresionó más de la muchacha, fue el brillo de sus ojos. Un brillo desusado, que parecía devorar de extrañas apetencias el mundo que la rodeaba. ¡Qué rara y a la vez estremecedora sensación causaba mirarla!

Iniciaba ya un paso hacia ella, en un gesto puramente instintivo, cuando se detuvo. Se había dado cuenta de que, junto a la muchacha, estaba Ronald Prince.

De pronto, ella se giró hacia el que hasta entonces había sido el ayudante de su tío, y sin darse cuenta de que ojos ajenos tenían

puesta su mirada sobre ellos, le preguntó:

—No se lo has dicho a Johnny, ¿verdad que no, Ronald? ¡Prométeme que no se lo has dicho!

—Claro que no —repuso Ronald Prince—. Te lo prometo, Coleen. Ni se lo he dicho ni se lo diré. Puedes estar completamente tranquila. No te preocupes más.

—Si Johnny lo supiera… —El tono de Coleen delataba una gran excitación—, no querría saber ya nada conmigo. Es un hombre impresionable, que no soportaría esa prueba…

—Es un secreto entre nosotros, Coleen. Nadie tiene por qué saberlo.

—Pero tú me amas, Ronald, lo sé, y decirle a Johnny lo sucedido sería un modo como otro de quitártelo de encima…

—Te quiero, Coleen, sí —asintió Ronald Prince, y desde luego miraba a la muchacha con amor, con mucho amor, a través de sus gafas de miope—, pero te quiero bien, y te deseo lo mejor, que seas feliz… Conmigo quizá no lo serías. Yo vivo como tu tío, pendiente de la ciencia…

—¡Maldita ciencia! —exclamó Coleen.

—No digas esto. A los adelantos de la ciencia, tú debes la vida, la existencia. De lo contrario, hubieras muerto, desangrada…

Pero esto último ya no lo oyó Andrew Corwers. Se habían metido dentro. En la que debía ser la habitación de la muchacha.

—Tengo miedo, Ronald… —Ya dentro del dormitorio, la muchacha le dijo por primera vez lo que sentía—. Sí, miedo… Bueno, en realidad, es más que eso, es terror… Sí, terror…

—Pero ¿a qué, Coleen? ¿No fue todo bien? ¿No te encuentras perfectamente, como si nada hubiera sucedido?

—Al principio no me encontraba mal —dijo ella—, pero ahora sí… ¡Sí, Ronald! —Casi gritó de puro excitada—. ¡Siento que los nervios se rompen dentro de mí misma, y que dejo de ser dueña de mi voluntad, cuando menos lo espero!

—Sufriste un fuerte *shock*, y ahora pagas las consecuencias. Se trata solamente de esto, de nada más. ¿No tomas las pastillas que te di?

—Sí, Ronald, y me calman. A veces me calman hasta dejarme sin fuerzas, hasta sentir que, de debilidad, se me doblan las rodillas; pero luego, de pronto, me entra una alteración horrible, unas ansias

desquiciadas de no sé qué, de un anhelo horripilante de arañar a alguien… ¿Comprendes, Ronald, de arañar…?

—Sólo comprendo que estás demasiado impresionada por lo que sabes… —Le puso las manos sobre los hombros, y la sacudió, como queriendo librarla de extrañas ideas—. Simplemente impresionada, Coleen…

—Desgraciadamente se trata de algo más serio, Ronald. Noto que la sangre del leopardo me arde en las venas, que me explota en las arterias, que me da una vida que no es de ser humano, que llena la existencia de apetencias feroces…

—Por favor, Coleen… —Se había puesto muy pálido—, no tiene sentido nada de lo que estás diciendo Créeme, haces un drama siniestro, maldito, de un mero descubrimiento científico.

—No debiste hacerlo, Ronald. Debiste permitir que me muriera desangrada. Hubiera sido preferible.

—Volvería a hacerlo, Coleen —le aseguró, sin que por un Solo instante vacilara su voz—. Te salvé la vida.

—Pero, y ahora ¿qué? —dejó pendiente el interrogante.

Y daba a ese interrogante, no cabe dudarlo, amplitud aterradora y diabólica.

—Ahora nada, no pasa nada. Superarás esta crisis y volverás a sentirte plenamente equilibrada. Anda, acuéstate ya. Tómate otra pastilla. Necesitas relajarte.

—Sí, Ronald.

—Buenas noches, Coleen.

La muchacha se dio cuenta de que Ronald Prince salía lívido de la habitación.

¿Acaso, como ayudante de su tío, sabía más de lo que confesaba…?

CAPÍTULO III

Nabba tenía relaciones sexuales con un negro llamado Sambo. Por las noches solía dejar la casa del doctor Griffin, reuniéndose con él en su choza. Por lo regular permanecía allí hasta que empezaba a clarear el día.

Aquella noche se propuso hacer lo mismo.

Sabía que Sambo la esperaba.

Sambo era un hombre ardiente y apasionado, que la necesitaba muy a menudo. Si ella no hubiera acudido fielmente a sus citas, él se hubiera buscado otra mujer para pasar las noches.

Y Nabba no quería que se buscara otra. Le gustaba estar con él. Se sentía dichosa a su lado.

Aquella noche, sin embargo, así que empezó a alejarse, le pareció sentir que alguien la seguía. Se volvió varias veces. No, claro, nadie podía seguirla desde la casa. Allí sólo había tres ocupantes, tres personas, que estaban durmiendo.

De no estar durmiendo, y de seguirla, al girarse hubiera visto de quién se trataba… A menos que esa persona se deslizara agazapada entre los matorrales que no se hallaban muy lejos… Pero no, por descontado que no, las personas andan de pie, erguidas, derechas, no agazapadas como las fieras…

Al llegar junto a la choza de Sambo, le extrañó no verle en la puerta. Era allí donde siempre la esperaba.

Entró. No, tampoco estaba.

Pero en ese momento le oyó silbar. Desde lejos. Le había gastado una broma.

Nabba salió de la choza, iluminada su expresión. Sí, hacia ella se encaminaba Sambo. Su Sambo.

Pero se extrañó al ver que Sambo, ya muy cerca de ella, se detenía, poniéndose a temblar de pies a cabeza.

Luego le vio girarse, dispuesto a escapar…

Pero no llegó a tiempo de hacerlo.

Un leopardo cayó sobre su espalda, desde el tejado de cañas y barro de la choza, y sujetándole la nuca con sus zarpas, le mordió profunda y fieramente en la garganta, hasta matarle por asfixia, según técnica habitual de los grandes felinos.

Nabba se desmayó.

Cuando volvió en sí, el cuerpo de Sambo estaba lejos. El leopardo lo había conducido hasta una madriguera, donde había llevado a cabo su sabroso festín.

La lengua, arrancada de una dentellada a su víctima, ponía bien de manifiesto que la muerte había sido por estrangulación, y que la víctima, antes de morir, sacó la lengua, en un desesperado intento por llenar de aire sus pulmones.

El cuerpo se hallaba devorado por varios lugares, en medio de un charco de sangre. Sangre caliente, que la tierra aún no se había tragado.

Nabba se puso a gritar como una loca, despertando a todo el poblado.

* * *

Coleen se despertó también, pero no en la cama, sino en el suelo, en medio de su habitación.

A través del mosquitero metálico de la ventana, entraba algo de resplandor. No mucho, pero sí suficiente para que Coleen lanzara un gemido al ver que sus manos estaban manchadas de sangre.

Quiso ponerse en pie, pero su fatiga era tan intensa, su desfallecimiento tan profundo, le faltaban de tal forma las fuerzas, que tuvo que conformarse con incorporarse sobre un codo.

Así permaneció un rato, respirando fatigosamente, alentando a duras penas. Hasta que finalmente consiguió levantarse y llegar hasta su cama, donde se desplomó, exhausta.

Pero tuvo cuidado en no manchar nada con la sangre que había en sus manos.

Luego, cogería agua y se las limpiaría con cuidado.

—¿Estás bien, Coleen…? —Su prometido, Johnny Hodsson, se lo preguntó a través de la puerta que daba al pasillo.

—Sí, Johnny, estoy perfectamente —y sin transición—: Pero

¿qué sucede? ¿Por qué grita Nabba…?

—Un leopardo ha matado a Sambo —le hizo saber.

—¿Un leopardo…? —inquirió Coleen, estremeciéndose hasta las fibras más profundas de su ser.

—Sí —ratificó su prometido—, un leopardo hembra… Afortunadamente a Nabba no le ha sucedido nada.

—Espera, ya salgo.

Todos en la casa estaban ya levantados. La alarma había sido general. Nabba estaba entre ellos, sollozando.

Entonces vio Coleen, por primera vez, a Andrew Corwers, a quien no habían de tardar en presentarle.

A la muchacha no le gustó cómo la miraba el joven recién llegado. ¡Era como si supiera que ella no era una mujer normal…!

¡Pero no, no podía saberlo! ¡La verdad sólo la sabían Ronald Prince y ella!

Cuando regresó a su dormitorio, Coleen se miró al espejo. A ese espejo, situado cerca de la ventana con mosquitero metálico, donde en tantas ocasiones se había visto hermosa, muy hermosa.

¿Cómo se vio ahora?

Pálida, demacrada, con profundas ojeras alrededor de los ojos. Parecía un espectro. O por lo menos, una enferma. Posiblemente, una enferma incurable, que, poco a poco, ratificaría el terrible diagnóstico que pesaba implacablemente sobre ella.

Pero, en realidad, ¿cuál era ese diagnóstico…?

Lo ignoraba.

Lo ignoraría… mientras no leyera los apuntes de su tío, el doctor Griffin.

Pero ella sabía dónde estaba aquel libro. No había de costarle dar con sus hojas amarillentas, donde tantas veces le había visto escribir.

Lo buscaría.

Al día siguiente.

Sin más demora.

CAPÍTULO IV

Los hombres se hallaban reunidos en el comedor. Mientras fumaban y bebían, estaban comentando lo sucedido a Sambo.

—Resulta inadmisible —desde el pasillo, Coleen oyó hablar a su prometido—, verdaderamente inadmisible, sobre todo si partimos de la base de que las huellas del leopardo hembra parten desde aquí, desde esta casa…

—No se comprende, en absoluto —corroboró Billy Reagar. A pesar de su mucha calma, en esta ocasión, pareció temblarle un poco toda su grasa—. No tiene sentido.

—No, no lo tiene —dijo a su vez Alan Hope.

—Debió llegar de la selva después de habernos acostado nosotros repuso Ronald Prince, y cruzaría casualmente entre la hierba y la maleza, sin dejar huellas. Luego, subiría a la terraza, dejando, entonces sí, marcadas sus zarpas… Es ésta la explicación. No hay por qué buscar otra.

Andrew Corwers se limitaba a escucharles, y a observar detenidamente a cada uno de ellos.

Sacó la conclusión de que Ronald Prince, que evidentemente quiso ser el más seguro y tajante en sus aseveraciones, fue por el contrario el que se expresó con menos convicción. Como si un temor oculto le estuviera royendo por dentro, y no pudiera disimularlo, por más que se esforzara en ello.

Coleen se había quedado inmóvil en el pasillo. No quería intervenir en aquella conversación, donde nada en claro iba a sacar.

Pensó, por lo demás, que aquél era el momento idóneo para dejarles hablando, e ir en busca de lo que necesitaba saber. Lo necesitaba de un modo angustioso, desesperado; de un modo que le crispaba y rompía los nervios, desatándoselos y desquiciándoselos en explosiones emocionales incontenibles, que le estaban haciendo

temer por su propia razón.

Era la suya una sensación terriblemente opresiva, infernalmente sofocante, que enturbiaba su cerebro en vapores de sinrazón y desvarío.

En realidad, a veces no sabía dónde estaba ni en qué hora vivía, ni qué era lo que había hecho ni qué era, ciertamente, lo que deseaba hacer. Todo se confundía alarmantemente dentro de su mente.

No lo pensó más. Se dirigió hacia el que había sido el dormitorio de su tío, el doctor Griffin. Allí estaba el escritorio, donde sabía que se hallaba aquel libro, el de las hojas amarillentas.

Abrió la puerta. Entró, aunque con ciertos titubeos. Con pasos cortos, indecisos.

Al poco estaba ya con el libro entre las manos. Pero antes de abrirlo, vaciló…

¿Estaba demasiado asustada, o simplemente estaba rememorando una vez más, todo lo sucedido…?

* * *

Ante la fiera acometida de los dos leopardos, macho y hembra, su tío había disparado el rifle que llevaba. Ronald Prince el suyo.

Consiguieron acabar con ellos, pero para entonces el doctor Griffin estaba ya medio muerto, y Ronald Prince herido, muy herido. En cuanto a ella, Coleen, se desangraba por instantes.

Haciendo un esfuerzo extraordinario, pues a su vez había perdido mucha sangre, Ronald Prince consiguió llegar hasta el botiquín, cogerlo, llevarlo hasta donde se hallaba la muchacha y hacerle una primera cura, consiguiendo finalmente detener la hemorragia.

Pero a Coleen la visión le seguía débil, nublada, insegura. Se le detenía el pulso. Se le paraban las palpitaciones del corazón. No tardó en comprender que su existencia estaba pendiente de un hilo. Había perdido demasiada sangre, y la vida se le escapaba. Se le escapaba de forma inevitable.

—Voy a morir, Ronald… —musitó.

—¡No, Coleen! —exclamó Ronald Prince—. ¡No, por Dios! ¡Yo no puedo permitirlo! ¡No puedo!

Ronald se había dado cuenta de que allí cerca había muerto el

leopardo hembra.

No tenía tiempo de pensarlo dos veces. No había tiempo para eso. La vida huía de Coleen a una velocidad vertiginosa, escalofriante. De no darle sangre, no tardaría en sufrir un colapso, de fatales consecuencias. Lo sabía. No cabían dudas al respecto.

Sus manos temblorosas rebuscaron dentro del botiquín. Buscaba la jeringuilla más grande que hubiera. Sabía que había una a propósito para lo que se proponía.

La encontró, metiéndole dentro el contenido de un pequeño frasco, unos polvos de color azulado. Luego colocó la aguja hipodérmica correspondiente. Y seguidamente se acercó al leopardo hembra.

Clavó la aguja en aquella carne, absorbiendo…

—¿Qué haces…? —le preguntó Coleen, estremecida.

—Mezclando estos polvos a la sangre de cualquier fiera, se convierte en sangre perfectamente aplicable a un ser humano… No lo hemos probado nunca, pero yo tengo fe en la ciencia de tu tío…

—No, Ronald —se angustió Coleen—. Eso no…

—Si no lo hago, vas a morir —no le ocultó la verdad—. Es preciso probarlo. Es tu única esperanza… No viene nadie a socorrernos, y tú, así, no puedes seguir…

Coleen fue a decirle nuevamente que no, que no hiciera aquello. Pero estaba tan débil, que sufrió un desvanecimiento.

Cuando se recuperó de nuevo, la aguja estaba ya clavada en las venas de su brazo.

Ronald Prince le iba inyectando aquella sangre, poco a poco, gota a gota, con un miedo cerval reflejado en toda su expresión.

Pero no sucedió nada malo.

Todo lo contrario. Coleen volvió a la vida, se recuperó en seguida.

Parecía, pues, que aquella prueba había sido un éxito rotundo.

Parecía…

* * *

Por desgracia, Coleen ya no estaba tan segura de ello. Tenía sobradas razones para creer que había sido un horrible error salvar la vida a ese precio. Un precio demasiado alto, porque lo pavoroso y diabólico se entrecruzaba, se aliaba para perderla.

Seguía con el libro entre las manos. Miraba como hipnotizada sus hojas amarillas.

De pronto, se decidió a abrirlo…

Pero toda ella sufrió una sacudida convulsa, como si un rayo hubiera caído sobre su cuerpo, cuando sus ojos recorrieron, aterrados, las siguientes líneas:

«No salgo de mi espanto —había escrito el doctor Griffin en las últimas páginas—. El resultado de mi ciencia es sólo un engendro monstruoso. He efectuado la ansiada prueba y el resultado ha sido como para maldecir una y otra vez el haber nacido.

»Ronald Prince no sabe nada. Aún no se lo he dicho.

»Un niño del poblado se hallaba enfermo. Decidí darle sangre de un cachorro de león. Estaba seguro de que todo iría bien.

»Hice que su madre se alejara de la choza. Así podría efectuar mi experimento con más libertad.

»Pero el resultado fue horrible, terrorífico. Como una maldición de Satanás, que los hombres inventaran para destruirse entre sí.

»¿Qué sucedió…?

»Al rato de haberle dado aquella sangre, el pequeño empezó a rugir… ¡A rugir! La espina dorsal se me hiela al recordarlo.

»Y luego, al poco, se puso a gatas. Mientras, su piel fina, de ser humano, se iba transformando, hasta que todo él quedó convertido en un cachorro de león. Exactamente eso. Ni más ni menos.

»Creería que me había vuelto loco, de no saber que estoy perfectamente cuerdo, y que mi fracaso es quizá una penitencia por haber querido ir más allá de la voluntad de Dios.

»El niño negro volvió luego a su estado normal.

»Pero a partir de entonces, lo sabía, esa transformación, esa demencial metamorfosis, se produciría en él de vez en cuando.

»Una noche llegó llorando su madre. Me dijo que su hijo se había escapado hacia el interior de la selva y que, aunque lo había llamado repetidas veces, no había querido volver. No lo comprendía, No podía comprenderlo.

»Pero yo sabía que ya no volvería nunca. Le atraía su propio mundo, que era aquél».

CAPÍTULO V

Todos se dieron cuenta, cuando Coleen penetró en el comedor, que algo había sucedido. Algo que se escapaba de lo corriente. Algo indudablemente malo.

—¿No te encuentras bien, cariño? —le preguntó Johnny Hodsson, dirigiéndose, solícito, hacia ella.

—Sí, me encuentro bien —dijo ella, brevemente, secamente.

¡Pero su fisonomía desmentía tan claramente sus palabras! Además, era tal la excitación que llevaba dentro de su cuerpo, que a ninguno de los presentes pudo pasarle desapercibido.

—¿Quieres que te dé otra pastilla? —preguntó Ronald Prince—. Creo que la necesitas. No haces buena cara.

—He dicho que me encuentro bien, ¿no? —inquirió, con los nervios a flor de piel, y con los puños crispados—. ¡Pues déjame tranquila! ¡Déjame tranquila, de una vez!

Sin embargo, Ronald Prince no tomó en consideración su respuesta, y fue a buscarle la pastilla a la que había aludido.

Al poco se la ofrecía con un vaso de agua.

—Por favor, Coleen, sé buena chica…

A la muchacha le dieron tentaciones de dar un manotazo al vaso y a la pastilla, pero vio la amorosa mirada que Ronald Prince depositaba en ella y no fue capaz de seguir su impulso.

—Bueno, dámela —aceptó, y se la pasó con un trago de agua.

Pero aquella pastilla no había de surtirle mucho efecto. Se sentía endemoniadamente excitada y, para serenarla, hubiera hecho falta un medicamento más fuerte que aquél, que no pasaba de ser un simple y vulgar tranquilizante.

Las consecuencias había de pagarlas Billy Reagar. Coleen se metió con él, de una manera francamente incorrecta.

Después, discutió Coleen con su prometido, Johnny Hodsson.

También sin fundamento de ninguna clase.

Acto seguido, se enfadó con Alan Hope.

Luego, le tocó el turno a Andrew Corwers. Por lo visto, nadie iba a quedar a salvo de su mal humor. Aunque bien sabía Coleen que lo suyo era algo infinitamente peor que un simple mal humor. Por desgracia para ella.

En esta ocasión, la muchacha llamó «aprovechado» a Andrew Corwers, por abusar de la hospitalidad que Ronald Prince le había ofrecido.

—Esto era exclusivamente de mi tío —aclaró—, y muerto mi tío, es exclusivamente mío, así que…

Fue entonces cuando Andrew Corwers, sin poder contenerse, exclamó:

—¡Vaya muchacha! ¡Vaya fiera…!

No tuvo tiempo de añadir nada más.

Coleen se levantó de su asiento de un solo impulso, saltó bruscamente sobre él y le arañó la cara con todas sus fuerzas.

—¿Qué haces, Coleen…? —se escandalizó Ronald Prince, y corrió a sujetarla, para impedir que siguiera acometiendo con aquella inusitada agresividad.

—¡A mí nadie me llama fiera…! ¡Nadie! —gritaba Coleen, enfebrecida—. ¿Se entera usted, señor Corwers?

El rostro de Andrew sangraba. Sacó el pañuelo y se frotó.

—Discúlpela, se lo ruego. —Ronald Prince casi no atinaba a hablar—. No se encuentra bien, desde que nos sucedió aquello… Sufrió un *shock* fortísimo, un trauma terrible, y aún no se ha repuesto.

—No se preocupe —dijo Andrew Corwers—. Me hago cargo. ¡No faltaría más!

Debía haber comprendido que estaba ante una enferma. Una enferma grave y quizá peligrosa… Quizá, incluso, más peligrosa de lo que podían estar suponiendo.

Ronald Prince se llevó a la muchacha a su habitación. Cerró la puerta a sus espaldas.

—Si no te esfuerzas por rehacerte, por no sugestionarte más, no sé cómo vas a acabar…

—¡Cómo voy a acabar! —Exclamó ella, desesperada—. Acabo de enterarme. ¡Y no ha sido agradable! ¡Ha sido espeluznante,

aterrador! ¡Ha sido como sentir que la vida no se acaba!

—¿Qué estás diciendo? —inquirió Ronald Prince—. ¿A qué te refieres? ¡Por Dios, Coleen, pon un poco de tu parte para superar esta crisis! Una crisis que, sin más motivo que tu sinrazón, te está destruyendo, aniquilando. No pareces la misma.

—¡Es que no soy la misma! —Se había echado sobre el lecho, mordiendo las sábanas con terrible desespero—. ¿Es que no lo comprendes? ¿Tan difícil es de comprender?

—Cálmate, te lo ruego.

—Preferiría estar muerta —de pronto, Coleen se había echado a llorar desgarradoramente—. Es horrible, aterrador, saber que algo nos domina y que ese algo va más allá de lo humano.

—Tu estado anímico, tu depresión, me causan grave alarma, Coleen. No creí que pudieras llegar a estos extremos.

—Hablas así porque ignoras lo que pone el libro. ¡Pues tómalo, aquí lo tienes! —Levantó la almohada, entregándoselo—. ¡Lee las últimas páginas!

Así lo hizo Ronald Prince, mientras se iba quedando cada vez más pálido. Hasta adquirir toda su expresión un tono marmóreo, que realmente asustaba.

—No…, no… —musitó.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó ella—. ¡Está bien claro! Más claro no puede estarlo…

—Tu tío debió perder la razón, en los últimos días de su vida —dijo Ronald Prince, tras unos segundos de reflexión—. Sólo así se comprende que escribiera esas frases sin sentido… No las tomes en consideración. Es éste mi más ferviente ruego.

Ella se había incorporado en la cama.

—No piensas lo que dices, Ronald. Mientes mal. Estás aún más asustado que yo…

—Aunque así fuera —dijo Ronald Price—, no lo daría aún todo por perdido. Proseguiría con el trabajo iniciado por tu tío, y lo llevaría finalmente a buen término. Las anomalías que tú pudieras padecer, antes o después te las curaría…

—Haz por mí todo lo que puedas —y su voz era ahora una intensa súplica, sólo eso—. Estoy verdaderamente aterrada, Ronald. ¿Sabes…? La noche en que el leopardo hembra mató a Sambo, yo me desperté tirada en el suelo, en medio de la habitación, con las

manos manchadas de sangre… Dicen que las huellas del leopardo parten de aquí, de esta casa… Además, ya has visto con qué placer he arañado, hace poco, a Andrew Corwers… Sí, Ronald, estoy verdaderamente aterrada.

* * *

Coleen apareció en el comedor. Donde seguían los tres hombres, pero en esta ocasión silenciosos, callados, como si no supieran qué decirse.

La muchacha se dirigió a Andrew:

—Le suplico que me disculpe, señor Corwers. Mi proceder ha sido incalificable. No sé cómo he podido hacerlo…

—Olvídelo —dijo él.

—No tenga en cuenta mis palabras —intentó esbozar una sonrisa —, y, por favor, concédame el favor de su presencia, el máximo tiempo que le permitan sus ocupaciones.

—Gracias.

Coleen se volvió hacia Billy Reagar:

—Discúlpeme usted también, señor Reagar. Sé que he pecado de incorrecta… Y en cuanto a usted, señor Hope, digo otro tanto… —Luego miró a su prometido—. Perdóname tú también, Johnny…

—Aquí no ha pasado nada —concluyó diciendo Ronald Prince, que había precedido a la muchacha—. Voy a servir unas copas.

Nabba no estaba. Lloraba sobre el cuerpo destrozado de Sambo, que a eso de medianoche recibiría sepultura. Mientras tanto, en torno a su cadáver se llevarían a cabo ritos exóticos y danzas de ritmos epilépticos, que tendrían la finalidad de limpiar sus pecados y de asegurar su vida en el otro mundo.

Coleen se decidió a ir. De no hacerlo, Nabba podía tomárselo a mal. Era un honor que un blanco acudiera a ceremonias de esa índole.

Pero su prometido acababa de decir:

—Yo prefiero quedarme. Los funerales nunca me han gustado.

La oportunidad era única, y Andrew Corwers no la desperdició. Él nunca desperdiciaba ninguna.

Se dirigió a la muchacha:

—Le acompaño yo, si me lo permite.

Coleen alzó hacia él sus ojos inquietos, desasosegados, pero

llenos de una atrayente y fascinadora belleza.

—Si no es molestia para usted…

—Es un placer —aseguró.

Las hogueras estaban ya encendidas. Solían estarlo, desde que las sombras empezaban a adueñarse del ambiente. Desde que resultaba demasiado tétrica y amenazadora la lujurienta vegetación de la cercana selva, cuyos rumores, de noche, llegaban más hasta ellos.

—Le agradezco su compañía —dijo la muchacha, de camino hacia el cementerio de los indígenas—. Sobre todo, porque ahora me siento perdonada de veras…

—No hable más de aquello; hemos quedado en que está olvidado —le sonrió.

—A Johnny no le ha resultado tan fácil olvidar mi arrebato de nervios, ¿no se ha dado cuenta? No ha querido acompañarme.

—Ha dicho que era porque… —Intentó disculpar al prometido de la muchacha.

—Ha sido una disculpa malísima —repuso ella—. ¿Ha conocido usted algún periodista que no sea curioso…?

Y esas ceremonias negras, de curiosas lo tienen todo… —Y añadió—. Se está hartando de mí. Ésta es la verdad.

—No piense eso.

—Sí lo pienso —dijo Coleen. Pero alzó la cabeza en un gesto airado y sentenció—: Pero si cree que me importa, se equivoca. Acabo de darme cuenta de que no me importa en absoluto.

CAPÍTULO VI

Ronald Prince le había dejado un frasco con pastillas, sobre la mesita de noche. Le había dicho que debía intensificar la dosis. Debía tomar cuatro como mínimo, y un par más, si le costaba conciliar el sueño.

Era preciso que normalizara su organismo, que serenara sus nervios, que equilibrara su estado de ánimo.

Peí o así que se tomó las cuatro primeras, la muchacha no se encontró bien. Sintió mareo, vértigos y un terrible desasosiego. En lugar de calmarse, se estaba excitando alocadamente, como si todos los demonios se le estuvieran metiendo en el cuerpo.

Se acercó de nuevo a la mesita de noche y tomó dos pastillas más. Aún no se había desvestido.

Ni empezó a hacerlo. De pronto, le acometieron deseos de gritar hasta enronquecer, de dar furiosos golpes de puños a las puertas y a las paredes; deseos de pelearse, de acometer a quien fuera. ¡Eran tan violentas y agresivas las sensaciones que, como en círculos viciosos, le iban apresando, cercando más y más implacablemente!

Sin embargo, de súbito, experimentó la sensación de que el suelo se abría a sus plantas, de que caía en el vacío, de que perdía la noción de estar en este mundo porque quizá estaba ya rozando los linderos del otro. Una sensación extraña, inusitada.

Se le doblaron las rodillas. ¡Era tanto, de pronto, su flojedad y quebrantamiento!

Notó que el cuerpo se le desplomaba.

Ya no pudo darse cuenta de nada más.

* * *

Johnny Hodsson había decidido romper su noviazgo con Coleen.

No le gustaba el cambio que había dado la muchacha. No le gustaba en absoluto. Ésta es la verdad.

Por lo demás, desde hacía unos días, se estaba fijando, con intenciones bien definidas y no ciertamente muy edificantes, en Nabba. Una joven negra que le resultaba apetecible, sobre todo por las pocas complicaciones que podía proporcionarle su trato.

Por lo menos, así lo creyó mientras no supo que tenía relaciones con Sambo.

Pero ahora Sambo había muerto, y ya no le estorbaba, por lo que el posible obstáculo había desaparecido.

Pensó en ir a buscarla. Le apremiaba el deseo de pasar un rato a su lado.

Sin embargo, aquella misma noche habían enterrado a Sambo. Hubiera sido preferible, pues, esperar otra ocasión mejor. Pero no, estaba seguro de que no era preciso andarse con refinamientos de gente civilizada. Un hombre blanco, en cualquier momento y ocasión, es un alto honor para una muchacha negra. En incontables circunstancias había podido comprobarlo.

La puerta de su dormitorio, la que daba a la terraza, de madera, solía estar cerrada con llave. Como todas las de la casa.

Cogió la llave, la metió en el orificio y la hizo girar. Al poco entreabría la puerta y salía de allí.

Iría en busca de Nabba, que posiblemente aún estaría en el cementerio. La sacaría de allí para cobijarla en sus brazos. Seguro que le gustaba el cambio.

Pero así que empezó a andar, a Johnny Hodsson le pareció que alguien le seguía. Alguien silencioso, cuyos pasos apenas se dejaban sentir.

Se volvió en varias ocasiones, pero no vio a nadie. Absolutamente a nadie.

Sin embargo, la sensación experimentada no decrecía, aumentaba. Era como si esos pasos le siguieran silenciosamente, arrastrándose tras la cercana maleza.

Estaba ya cerca del cementerio, veía la silueta de Nabba, arrodillada, cuando oyó un ruido tras él. Ya no era, pues, una mera sensación suya, era algo más. Un hecho concreto. Un ruido.

Se giró una vez más, en esta ocasión ya seriamente inquieto.

Pero su inquietud se trocó en pavor, en auténtico y horrendo

pavor, cuando vio un leopardo apenas a unos cinco metros de él, entreabriendo de sus fauces amenazadoramente, mostrando, verdosos y brillantes, sus ojos lucífugos.

Quiso gritar, pedir auxilio.

Abrió la boca. No salió ningún sonido.

Pero de cada uno de sus poros sí salió una gota, o más, de transpiración. Se sintió súbitamente bañado en pegajoso sudor.

De nuevo intentó gritar.

Pero el leopardo hembra, posiblemente el mismo que había matado a Sambo, se abalanzó sobre él con tal rapidez y fiereza, en un salto de varios metros, que no le dio opción a nada.

Johnny Hodsson sintió las zarpas de la fiera incrustadas firmemente en su nuca, y sus fauces, clavadas implacablemente en su garganta. La técnica habitual del felino, que se repetía una vez más.

Hasta que le mató por asfixia.

Una vez muerto, arrastró el cuerpo de su presa hasta donde debió creer que lo tenía bien seguro, entre unos espesos matorrales.

Allí le fue chupando la sangre que se le escapaba de la nuca y, la garganta. Pero se limitó a eso, a deleitarse, con el sabor de su sangre. Parecía tener sed.

Debía tenerla, porque, al poco, se alejó de allí y sólo regresó cuando hubo estado un buen rato junto al río.

De nuevo entre los matorrales, abrió las fauces y clavó sus dientes en el cuerpo de Johnny Hodsson. Empezó a comer.

Y estuvo comiendo hasta hartarse…

* * *

Coleen se dio cuenta poco a poco, de que iba recobrando el sentido.

El suelo ya no se abría a sus pies, el vacío que la había tragado se cerraba ya, perdía la noción de hallarse en otro mundo, porque de nuevo estaba ya en éste.

Ya no sentía mareos, ni vértigos, ni tampoco desasosiego. Su excitación había desaparecido. Parecía haberse calmado por completo.

Fue abriendo los párpados, lentamente, muy lentamente, segura de que iba a encontrarse caída en el suelo en medio de su

habitación.

¡Pero cuál no sería su sorpresa, su horror, cuando se encontró metida en medio de unos matorrales, echada sobre el cuerpo medio devorado, destrozado, de Johnny Hodsson!

Se miró las manos. Estaban inundadas de sangre.

Sintió mal sabor en la boca, e hizo un gesto, queriendo sacar algo que había entre sus dientes.

Cuando lo hubo expulsado, se dio cuenta de lo que era.

¡Era un bocado de carne! ¡De carne humana! ¡De carne de Johnny Hodsson…!

Se le revolvió el estómago dolorosamente. Le dieron terribles e incontenibles náuseas.

Pero aquello era lo de menos.

¡Lo peor era lo que, fatalmente, significaba todo aquello!

CAPÍTULO VII

Habían transcurrido varios días.

Andrew Corwers no había vuelto a hablar a solas con la muchacha. Por la sencilla razón de que le había sido imposible hacerlo.

Siempre había alguien al lado de Coleen. Por lo regular Ronald Prince, que, por lo visto, estaba más que nunca pendiente de ella. Pero si no era él, era Billy Reagar quien se complacía en no dejarla sola. O si no, Alan Hope.

Pero aquel día Alan Hope, Billy Reagar y Ronald Prince se alejaron de la pieza principal de la casa, esto es, del comedor, y Andrew se quedó entonces junto a la muchacha, pudiendo llevar a cabo ese diálogo que tantas veces, con el pensamiento, había iniciado.

—Señorita Griffin, quiero que sepa que ya me hubiera ido de aquí, a no ser por usted.

—¿A no ser por mí? —inquirió ella, sorprendida.

—Sí, por ti, Coleen… —Inició el tuteo, para que así la muchacha le sintiera más amigo, más camarada—. No he querido dejarte sola.

—No estoy sola —dijo ella.

—Pienso de distinto modo. Creo, sinceramente, que necesitas alguien en quien poder confiar enteramente.

—No encuentro sentido a sus palabras. Ni siquiera el menor sentido, se lo aseguro.

—La otra noche cuando te acompañé a ver a Sambo muerto, descubrí en tus ojos algo que…

—Siga.

—Que me hizo comprender que debía quedarme. Este trozo de selva es lo que presentí el primer día.

—¿Qué presintió?

—No sé por qué motivo ni por qué razón, pero presentí que me había metido en la boca del propio infierno… —Y sin esperar que ella respondiera—. Pero, dime, Coleen, esto es lo primero, ¿cómo te encuentras de salud? Me parece que bastante mal. Intentas contenerte con todas tus fuerzas, de un modo casi inhumano, pero la excitación que sientes supera a tu fortaleza, ¿no es eso?

—Sí —confesó ella de un modo casi instintivo—, es cierto. Pero cuando me encuentro en ese estado, Ronald me dedica sus mejores cuidados, y hasta ahora…

—Esos cuidados no surten el debido efecto, Coleen. Me han dicho que sufriste un grave *shock*, un peligroso trauma, pero ello no justifica que tengas que seguir así… ¿Te has dado cuenta de lo pálida y ojerosa que estás, y lo delgada que te vas poniendo? —Pero se apresuró a añadir, con una sonrisa—. Pero de todos modos, Coleen, sigues siendo una chica preciosa.

—Gracias… por todo —y le devolvió la sonrisa. Era la primera que aparecía en sus labios.

No dijo nada más. Alan Hope, Billy Reagar y Ronald Prince, volvían a reunirse con ellos, iban hablando.

—Sí, ya lo sé, también en el caso de Johnny las huellas del leopardo hembra partían de aquí, de esta casa —decía Ronald Prince.

—¿Y cómo saben ustedes —preguntó Andrew Corwers, interviniendo— que se trataba de un leopardo hembra? Podía tratarse de un leopardo macho, ¿no creen?

—Es de suponer —dijo Alan Hope— que fue el mismo animal que mató a Sambo.

—¿Qué dice Nabba de todo esto…? —volvió a preguntar Andrew Corwers—. Tengo entendido que es la que estaba más cerca de donde acaeció el suceso.

—Sí —convino Billy Reagar—, pero no se enteró de nada. Estaba afligida llorando sobre la tumba de Sambo, Por lo visto, el leopardo actuó con mucha discreción.

—Por lo regular —dijo Ronald Prince—, suelen matar así todas las fieras traicioneras.

* * *

Aquel mismo día, si bien cuando ya era de noche, Andrew

Corwers mantuvo otra conversación, y no exenta de importancia. Su contenido daba pie a muchas y sabrosas sugerencias.

Fue con Nabba.

En medio de las chozas de los indígenas.

—Amo mío —dijo ella—, deseo hablar con usted… No saber mucho su idioma, pero entenderme…

—Te escucho, Nabba. —De buenas a primeras, le había sorprendido el miedo de aquellas pupilas muy blancas.

—Estar asustada, amo mío… Yo saber más de lo que digo… El otro día ver algo, desde donde estar Sambo muerto…

—¿Qué viste, Nabba? —preguntó Andrew, intrigado.

—Usted, amó mío —dijo la muchacha negra—, ser agradable, ser buena persona… Por eso querer yo decírselo todo… Pero estar asustada… Muy asustada…

—Seré discreto, no te preocupes. No diré a nadie lo que tú me hayas contado. Puedes hablarme con absoluta tranquilidad.

—Pues vi —le temblaba la voz y se hacía más blanco, de puro abiertos, el blanco de sus ojos— desde donde estar Sambo muerto, que…

Pero Nabba oyó que alguien se acercaba. Se inquietó. Se alarmó. Y pensó que era mejor dejar aquellas palabras para otro momento más oportuno. Aquél ya no lo era.

—Mañana —repuso—, mañana buscarle a solas para decírselo, amo mío… Ahora no poder ser…

Echó a correr.

Desapareció a lo lejos.

Andrew Corwers se quedó donde estaba, esperando a ver quién aparecía.

Conocer a esa persona podía ser un indicio. Aún no sabía ciertamente de qué, pero indicio a fin de cuentas. Algo era menos que nada.

Pero no apareció nadie. Aquellas pisadas se habían detenido a medio camino.

Andrew Corwers se decidió a regresar. Maquinalmente, se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y sus dedos rozaron la fotografía…

Pero pocos pasos más allá, se vio bruscamente detenido por dos sujetos de raza blanca, con cara de bestias. Auténticos mastodontes,

pues medirían un mínimo de un metro noventa y pesarían sus cien kilos.

Sin darle tiempo a nada, ambos se abalanzaron sobre él, y aunque no llevaban armas, resultaba evidente que era porque creían no necesitarlas. Para eliminar a cualquiera, sin duda, daban por descontado que les bastaba la contundencia de sus golpes.

Pero Andrew Corwers no iba a darles facilidades. Así que empezó por recibir a uno con un contundente puñetazo en el mentón y al otro con un demoledor golpe en el costado.

Con estúpido gesto de dolor, se le quedaron mirando. Momentáneamente inmovilizados.

—¿Os esperabais otra cosa, amigos…? —Les desafió Andrew—. Pues enteraros de que yo no soy una damisela…

De nuevo se le echaron encima. Por lo visto, llevaban órdenes bien concretas respecto a él; tenían que dejarle fuera de combate. Tal vez de forma definitiva.

Andrew Corwers había aprendido judo, karate, si bien esos sujetos ignoraban aún este pormenor. Desde luego, no tardarían mucho en enterarse, y por cierto, de manera bien manifiesta.

En principio, Andrew esquivó los golpes. Pero luego se lanzó al contraataque, prodigándolos a su vez con absoluta generosidad.

Recibió lo suyo, pero eso no fue nada, o muy poco, con la parte que correspondió a los otros.

En conclusión, los dos sujetos terminaron optando por escaparse como mejor pudieron. De tardar un momento en hacerlo, quizá fuera ya tarde.

Andrew Corwers tuvo la tentación de echar a correr tras ellos, de perseguirles, pero se antepuso la razón, y se contuvo. Comprendió que hacer eso era incurrir en una innecesaria temeridad.

Temeridad tanto mayor, puesto que presentía que Coleen iba a necesitar de él.

Y de ser así, lo necesitaría, por descontado, vivo…

CAPÍTULO VIII

Un nuevo hecho había de dar al traste, de un modo brusco y desgarrador, con la poca confianza que Coleen pudiera aún tener en sí misma. Si es que, en realidad, aún tenía alguna.

Sucedió cuando la muchacha menos podía esperar que acaeciera nada semejante. Porque Ronald Prince, Alan Hope, Billy Reagar y Andrew Corwers, con ayuda de varios indígenas, estaban rastreando por aquellos alrededores, asegurándose de que el leopardo asesino ya no merodeaba por allí.

Era preciso que le hicieran huir al interior de la selva, que le hicieran alejarse del poblado. De lo contrario, sus víctimas acabarían siendo incontables.

Primero, Sambo. Luego, Johnny Hodsson. Ya era demasiado. Debían tomar medidas. Todo lo tajantes y apremiantes que exigía aquella delicada e inquietante situación.

Por ello, porque sabía que el poblado estaba en aquellos momentos más vigilado que nunca, Coleen no podía esperarse aquel hecho. Un hecho, por lo demás, insólito, increíble e irreal como una aterradora y demencial pesadilla.

Aunque, bien mirado, no tenía por qué sorprenderse mucho. ¿Acaso no era ya una pura y enloquecedora pesadilla todo lo que estaba sucediendo?

El hecho se produjo con sencillez.

Con una sencillez que le heló la sangre en las venas. Esa sangre intrusa, agresiva, fiera, irracional, que le recorría el cuerpo desde que Ronald Prince quiso salvarle la vida, al precio que fuera.

Estaba en la terraza de madera, y le animó el deseo de alejarse un poco de allí. Aunque sólo fuera un centenar de pasos. Le gustaría no verse detenida por los mismos límites de siempre.

Era el suyo un deseo pueril, sencillo, que, dadas las

circunstancias señaladas, no podía entrañar ningún peligro. Era algo enteramente inofensivo.

Por lo menos, así lo creía.

Pero apenas dejó atrás el poblado, oyó un ruido que hizo que sus pies quedaran clavados en el suelo, en la tierra, como si alguien se los hubiera claveteado allí.

Era un ruido de zarpas. Pisadas silenciosas, sigilosas, de fiera que se halla al acecho, y busca el momento de lanzarse sobre su presa.

De pronto, vio aparecer a un leopardo ante sí. Pero no el leopardo que sus amigos estaban buscando.

Éste era un leopardo macho. Posiblemente, el compañero de aquella hembra que había hecho cundir la alarma entre los habitantes del poblado de Sattaka. El compañero…

Este pensamiento agitó, enloqueció a Coleen más que la propia presencia del terrible felino. ¿Por que quién era, en definitiva, el leopardo hembra?

Como si el leopardo macho quisiera responder a su pregunta, se fue acercando a Coleen, paso a paso, lentamente, sin la menor fiereza en sus gestos, y al llegar junto a ella, se tumbó a su lado, poniéndose a maullar mimosamente.

Coleen hubiera querido echar a correr, pero no podía hacerlo. Las piernas no le obedecían.

El leopardo entrecerraba los ojos y seguía maullando.

Terminó alzando una pata y jugueteando con el cuerpo de Coleen.

En eso, se oyeron unas voces de hombre. Entre éstas destacaba la de Andrew Corwers:

—¡Volvamos atrás! ¡Que no se haya ido hacia el poblado…! ¡Dispararemos a matar!

Al poco aparecieron varios rifles en escena. Sus bocas apuntaron hacia la fiera.

Dispararon todos.

Y el leopardo murió acribillado a balazos. No tuvo tiempo de escaparse. ¿O tal vez no quiso hacerlo, alejando a Coleen del alcance de aquellas mortíferas balas?

Aparentemente, todo acabó bien.

Pero sólo aparentemente. Coleen se sentía al mismo borde de la

locura.

* * *

Le entró una fiebre altísima, y se pasó la noche delirando, gimiendo, sollozando. El estado de la muchacha fue, durante, varias horas, francamente deplorable.

Incluso, a ratos, pareció peligrar su vida. Como si su corazón se negara a seguir la lucha por una vida que ya no le importaba.

Ronald Prince no se separó un segundo del borde de su lecho. Nabba tampoco quiso irse a dormir. Se quedó junto a su joven ama, dispuesta a prestar toda la ayuda que fuera precisa.

En el comedor, paseando inquietamente de un lado a otro, se hallaba Andrew Corwers. De vez en cuando, se detenía y encendía un nuevo cigarrillo.

Billy Reagar estuvo en un sillón durante largo rato.

Finalmente se retiró. Dijo que se le avisara sin falta si podía hacer algo de provecho.

Alan Hope se retiró, a su vez, poco después.

A eso de las cinco de la mañana, la fiebre fue decreciendo lentamente, y Coleen dejó de delirar, terminando por recuperar su pulso normal.

—Ya no hay peligro —dijo entonces Ronald Prince, dando un suspiro de alivio.

Entonces, él y Andrew Corwers se fueron a reposar un poco. Coleen ya no les necesitaba. Estaba recuperada de aquella nueva crisis.

Bastaba con que Nabba se quedara junto a su ama. Ya avisaría, si surgía algún imprevisto.

No surgió.

Por lo menos, por lo que se refiere al estado de salud de la muchacha. Durante largo rato, había de cobijarla piadosamente un sueño profundo y reparador.

Sin embargo, pronto había de comprender Nabba que aquella noche iba a ser importante para ella. Aunque no podía saber, claro está, hasta qué punto y medida exacta podía serlo.

No, no podía saberlo. Afortunadamente.

La joven negra, de saberlo, hubiera empezado a sufrir desde aquel mismo instante. No sabiéndolo, al menos, se ahorraba ese

sufrimiento.

Claro que, de saberlo, las cosas no hubieran sucedido de igual modo…

En fin, lo cierto es que oyó que algo raspaba la madera de la puerta exterior. La puerta que daba a la terraza de madera.

Miró hacia allí y, a través de las primeras claridades del nuevo día, vio que alguien había deslizado un papel.

Se acercó a cogerlo, y lo desdobló, leyendo trabajosamente su contenido. El cual, empero, era bastante escueto.

«Te espero junto a la choza de Sambo.
»*Andrew Corwers*».

Pensó Nabba que, bien mirado, era aquél un buen momento para reunirse con él, y decirle todo lo que sabía.

El propio Andrew Corwers debía considerarlo así, puesto que le escribía en aquellos términos.

Debía darse prisa. No quería hacerlo esperar.

Echó una mirada a Coleen, que seguía reposando tranquilamente. No cabía duda, podía irse con entera tranquilidad.

* * *

Cuando llegó junto a la choza de Sambo, se dio cuenta de que no era Andrew Corwers la persona que le estaba esperando, sino otra muy distinta. No se parecían en nada.

—¿Usted? —se sorprendió la muchacha negra.

—Sí, soy yo… Me envía Andrew.

—¡Ah!

—Te espera en otro lugar. Dice que aquí pueden veros y que prefiere hacerlo todo con la máxima discreción posible. Me ha pedido que yo te acompañe hasta donde él está.

—Dígame dónde es… Iré sola… No hace falta que se moleste…

—No es molestia, Nabba… Ven… —Le cogió de una mano—. Es por aquí…

Nabba empezó a recelar algo. No sabía qué. Pero estaba poniéndose nerviosa, por lo que, de manera instintiva, quiso que escapara su mano de aquella de hombre que le sujetaba demasiado fuerte. Pero no consiguió su propósito; tuvo que dejarla allí, entre

los dedos sudorosos de su acompañante.

—Es por aquí…, por aquí —le decía a la muchacha, de vez en cuando.

—Nos estamos internando demasiado —se atrevió a opinar Nabba, en un momento dado, pero las palabras apenas le salieron porque le estaban castañeteando los dientes.

—En seguida llegamos —repuso él, evidentemente intentando tranquilizarla.

La llevó por donde ella no había ido nunca. Unos senderos estrechos, donde la maleza parecía cerrarse, privando el paso.

Llegaron junto a un remanso del río.

—¿Dónde está el señor Corwers? —preguntó Nabba.

—No lo veo. Han debido devorarlo los cocodrilos…

Lo dijo como si nada.

Pero Nabba se horrorizó, se aterrorizó, al darse cuenta de que aquel remanso del río estaba infestado de cocodrilos. Se podían contar por docenas. Abrían desaforadamente sus terribles fauces y daban furiosos coletazos.

La muchacha negra se tambaleó.

—No seas tan impresionable, Nabba. ¿De qué te asustas? ¿Temes que de un empujón, te lance en medio de esos hambrientos pececillos…? —Se echó a reír.

Nabba no era lista, no era inteligente, pero no hacía falta serlo para comprender que había caído en la trampa, y que estaba perdida. Irremisiblemente perdida, a menos que…

—No temer nada de usted… —dijo, pero su voz temblaba—. Saber que yo le gusto… Una vez pedirme eso…, lo que yo hacer con Sambo… Yo no querer entonces, pero ahora Sambo estar muerto… Ahora decirle que sí a eso… Cuando querer usted…

—A mí nadie me enreda —dijo él—, y menos tú, una pobre negra ignorante. Entérate, vas a pagar muy caro lo que sabes.

—Yo no saber nada…

—Mientes mal, Nabba. Y tu final, no lo dudes, está sentenciado. Vas a morir destrozada por las mandíbulas de estos cocodrilos. No dejarán de ti ni los huesos.

Con los ojos desorbitados por el espanto, intentó de nuevo sacar su mano entre la de él. Pero tampoco ahora lo consiguió.

Ya todo era inútil. No había ninguna esperanza. El final estaba

próximo.

—Entonces, ¿ser usted el que hace que… que…?

No acabó la frase. De un furibundo empujón había ido a parar al remanso del río.

Donde se volcaron sobre el pobre cuerpo de la muchacha un sinfín de fauces pavorosamente abiertas, terriblemente demoledoras.

Una de sus esbeltas piernas desapareció entre una de esas fauces. La otra pierna, lo mismo. Pero Nabba no pudo verlo. Las fauces monstruosas de un cocodrilo descomunal le alcanzaron la cabeza y el cuello, e incluso los hombros, aplastándoselo todo sin contemplaciones.

Puede decirse que, de una sola vez, quedó devorada.

El ruido de sus huesos llegó hasta el asesino.

CAPÍTULO IX

Así que se despertó, Andrew Corwers salió de su habitación y llamó a Nabba, la sirvienta negra. Quería preguntarle por la salud de Coleen.

Pero Nabba no le respondió, y entonces Andrew fue directamente hacia el dormitorio de la muchacha. De esa muchacha, sobrina del doctor Griffin, por la que él se había sentido interesado desde el primer momento.

Motivo básico y primordial éste para que acusara su descontento y su preocupación, las dos cosas a la vez, cuando oyó que Billy Reagar le decía:

—No busque a Coleen. No está.

—¿Cómo dice usted…?

No pudo menos de sorprenderse, puesto que, en las condiciones que había dejado a la muchacha pocas horas antes, no resultaba lógico, ni sensato, ni razonable, suponer que pudiera haberse ido a ninguna parte.

—No está —repitió Reagar—. Se ha marchado.

—¿Marchado…? —no terminaba de entenderlo—. ¿Adónde…?

—No lo sé. El señor Prince se la ha llevado en el camión del doctor Griffin. Les he visto desde mi casa. Luego he venido.

—¡Y usted tan tranquilo! —exclamó Andrew Corwers, indignado —. ¡Como si no sucediera nada!

—¿Qué quería que hiciera yo…? —Se encogió de hombros—. No voy a meterme donde no me llaman, por darle gusto a usted.

—No somos más que unos vecinos —intervino Alan Hope—. A mí tampoco se me hubiera ocurrido intervenir.

—¡Pero si al menos hubieran dicho dónde iban! ¡Pero ni eso! ¡Ni palabra! Como si aquí, ni ustedes ni yo, fuéramos nadie.

—No creo que, para el caso, seamos gran cosa —dijo Billy

Reagar—. La señorita Griffin no es nada nuestro. En todo caso, lo es del señor Prince…

—¿Qué quiere decir? —Barbotó Andrew—. ¿Que entre ellos…?

—El señor Prince está enamorado de la señorita Griffin, él mismo lo confesó no hace mucho; creo que usted estaba presente, ¿no es eso, señor Corwers? Además, ahora ya no existe Johnny Hodsson, que, desde luego, era un obstáculo a sus sentimientos…

—¿Adónde quiere ir a parar con todo esto?

—A ninguna parte —se mostraba tan calmoso como siempre.

Calma que surtía un efecto contraproducente. Andrew se estaba alterando, cada vez más.

—Me he limitado a referirme al caso. No he pretendido molestarle.

—No me ha molestado. —Andrew pensó que debía rectificar un tanto su postura—. Bien mirado, tiene usted razón; a nosotros esto ni nos va ni nos viene.

—A mí no, ciertamente —sonrió Billy Reagar—, pero a usted sí… por lo que acabo de ver, a usted, sí… De lo que deduzco que al encanto y a la belleza de esa muchacha no se resiste nadie… Pues bien —amplió su sonrisa—, dado su particular interés por esa muchacha, voy a ayudarle.

—¿Cómo puede usted ayudarme?

—Diciéndole dónde están, o al menos dónde creo yo que están…

—Sí, dígamelo. Se lo agradeceré… —Se había arrepentido ya de haberle tratado con excesiva e innecesaria brusquedad.

—Para mí que el señor Prince se la ha llevado a lo que ellos llaman el campamento, junto al lago, que es a unas quince millas de aquí. En tal lugar era donde el doctor Griffin solía efectuar la mayoría de sus experimentos.

—Pero ¿no fue allí donde la pareja de leopardos cayeron sobre ellos? Desde entonces, la salud de Coleen…

—Aún así, estoy seguro de que es allí donde el señor Prince pretende que la señorita Griffin recobre su estabilidad emocional.

—No parece muy apropiado…

—La señorita Griffin cree ciegamente en él. Hará todo lo que él le diga. No le quepa la menor duda.

—Me gustaría ir allí… —apuntó Andrew, tras una brevísima reflexión.

—Pues vaya.

—Podría acompañarme usted. ¿Qué le parece?

—No muy bien.

—¿Por qué no?

—¿Qué voy a ganar haciéndolo…?

—Tampoco creo que pierda nada.

—Bien, le acompañaré, si el señor Hope viene también con nosotros.

—Por mí, no hay inconveniente —dijo éste—. Estoy a la disposición de ustedes.

—Sin embargo —añadió Billy Reagar—, al señor Prince quizá no le guste.

Andrew Corwers replicó:

—Pero le gustará a ella. Lo sé.

—De todos modos —puntualizó Billy Reagar—, sólo podremos ir cuando regrese Tappo. Antes es imposible.

—¿Quién es Tappo?

Era un nombre que no había oído pronunciar hasta entonces. Estaba seguro.

—Es un negro. El que suele ir a buscar provisiones. Lo hace cada siete o diez días. Ahora está fuera.

—¿Y por qué hemos de esperarle?

—Para llegar al lago necesitamos su camión. Aquí, en Sattaka, sólo suele haber dos vehículos aprovechables, el camión del fallecido doctor Griffin, que es el que el señor Prince y la señorita Griffin se han llevado, y el de Tappo. Yo tengo coche, pero se avería a menudo, y 110 me atrevo a ofrecérselo.

—Yo tampoco le ofrezco el mío —añadió Alan Hope—, está aún en peores condiciones.

—¿Y Tappo tardará mucho en regresar? —preguntó Andrew, visiblemente impaciente.

—Cuando se dirige hacia el norte, aprovecha el viaje para visitar a sus viejos padres, que viven por allí cerca. Suele estar con ellos un par de días. Pero en esta ocasión, supongo que estará más. Ha de hacerles saber la muerte de… de…

Pero Billy Reagar se detuvo. No terminó la frase.

—¿De quién…? —preguntó Andrew.

¿Se acuerda, señor Corwers, de aquel negro que apareció muerto

el mismo día de su llegada, a quien le habían clavado púas de puercoespín en la lengua? Era el hermano de Tappo. ¿Comprende ahora?

* * *

Como sea que Nabba no respondiera a sus nuevas llamadas, ellos se habían hecho el café y ahora lo estaban tomando juntos, en el comedor.

Pero hacía ya rato que permanecían en silencio, por lo visto, abstraídos en sus propios pensamientos.

—Es raro que Nabba siga sin aparecer —dijo finalmente Andrew —. ¿No opina usted lo mismo, señor Reagar?

—Sí, francamente —asintió.

—Estoy temiendo que le haya sucedido algo. ¿Tiene familia aquí en el poblado? Sería, tal vez conveniente ir a preguntar.

—No tiene a nadie —contestó Billy Reagar—. Sólo tenía a Sambo.

—Dígame… —se interesó Andrew, dando un giro inesperado a la conversación—. ¿De qué viven los negros de este poblado? ¿Cazan fieras y venden su piel…? Lo he oído decir.

—Sí, éste es su principal medio de vida. De ello que casi todos dispongan de algunas monedas, que Tappo sabe sacarles muy bien con las mercancías que trae en su camioneta.

—Quiere darme a entender que Tappo es el comerciante listo y astuto del poblado, ¿no es eso?

—Exactamente.

—¿Y su hermano? ¿Cómo era su hermano…?

Andrew Corwers estaba demostrando especial interés por indagar algo. Su propósito resultaba evidente.

Pero como sea que la respuesta no llegara con prontitud, volvió a preguntar él:

—Pero, bueno, ¿se sospecha quién fue el causante de su muerte? ¿Qué se ha indagado?

—Nada —respondió Billy Reagar—, ni le aconsejo que lo haga usted. Es mejor no meterse.

—Por descontado —puntualizó Alan Hope—, es mucho mejor no meterse.

—Sí, posiblemente tienen ustedes razón —asintió Andrew, y a

juzgar por su tono, dio por finalizado el tema.

CAPÍTULO X

—¿Te encuentras mejor?

—No sé —respondió la muchacha, con la mirada vaga, perdida—. No sabría decirte.

—Temo haber hecho mal trayéndote aquí, junto al lago —la voz de Ronald Prince vacilaba más que nunca—. No he debido hacerte caso. Dime, Coleen, ¿por qué has querido huir…? Porque ha sido una huida, ¿no es eso?

—Sí, Ronald —repuso ella, demostrando que estaba dominada por un abatimiento total y absoluto—. Sí, creo que sí.

—Dime el motivo, ¿quieres? Aunque creo adivinarlo.

—¿Adivinarlo…? —Sacudió la cabeza, desconcertada—. No te comprendo, Ronald… De veras que no te…

—Pues es fácil de comprender, sumamente fácil —aclaró—. Has podido enamorarte de nuevo.

—¡Qué idea más absurda! —protestó ella—. Sé que soy un ser anormal, y conozco mis limitaciones.

—Por favor, Coleen, no te expreses de esta forma; me haces sufrir. Todo acabará bien, ya lo verás. Y podrás enamorarte y casarte con quien prefieras. Pero si por la circunstancia que fuera —puntualizó— el hombre elegido demostrara no amarte lo suficiente, entonces me tendrías a mí… Nunca te encontrarás sola… A mí no ha de detenerme nada… Ni esa sangre que llevas dentro, ni las reacciones que puedas experimentar, ni… bajó la voz, mucho, mucho, haciéndola casi un aliento agónico —ni… siquiera las muertes que puedas hacer…

—¡Calla, por Dios! —gimió Coleen, poniéndose a temblar de pies a cabeza.

—¡Oh, perdóname, Coleen! —se disculpó—. No sé cómo he podido decirte eso. Son los nervios, ¿sabes? Yo también los tengo

deshechos. Olvida mis palabras.

Se hallaban en el interior de la pequeña tienda de campaña. La tienda de Coleen. La de Ronald Prince se hallaba situada a varios metros. Las dos junto al lago.

Era aquél un lugar de belleza imponderable. Hasta allí, en aquel momento, llegaban sonidos, murmullos y rumores que parecían hablar, de manera cauta y sigilosa, de los secretos de aquella selva casi virgen.

Pero aquellos rumores, aquellos murmullos y aquellos sonidos, que daban la sensación, empero, de ser como un silencio extraño, se vieron interrumpidos por el motor de una camioneta. Un motor en marcha, que se acercaba cada vez más.

Salieron de la tienda.

Desde luego, Ronald Prince no mostraba la menor contrariedad en su rostro. Todo lo contrario.

En cuanto a Coleen, en medio de su abatimiento, de su frustración, cabe decir que acababa de comprender lo mucho que significaba para ella que Andrew Corwers fuera a su encuentro.

—Estábamos preocupados por ustedes… —Se dio prisa en decir Billy Reagar, que por culpa de su grasa no salió de la camioneta con mucha soltura.

—Como se fueron sin decirnos nada… —añadió Alan Hope, que, muy alto y delgado, se encontró en el suelo de un brinco.

—Menos mal que les encontramos sanos y salvos —dijo, a su vez, Andrew Corwers, mirando a la muchacha—. Ya no sabíamos qué pensar. Hubiéramos venido antes, pero hemos tenido que esperar a que Tappo regresara.

—Pero no lo comprendo. —Ronald Prince hizo un gesto de viva extrañeza—. ¿Nabba no les ha dicho de mi parte que…? —Pero se detuvo al ver la expresión de sus rostros.

Unas expresiones que no presagiaban nada bueno.

—No hemos vuelto a ver a Nabba —les comunicó Billy Reagar.

—Ni volveremos a verla —completó Andrew, creyendo innecesario andarse con rodeos.

—¿Qué quiere decir? —Se inquietó Ronald Prince.

—Han encontrado su cadáver —explicó Andrew—. Bueno, es un decir eso de que han encontrado algo. En realidad, sólo ha sido hallado su vestido, trozos de su vestido… En el remanso del río, que

como usted debe saber, señor Prince, está infestado de cocodrilos…

—¡No, no es posible! —sollozó Coleen.

—Desgraciadamente es así —dijo Billy Reagar—. Dicen que ha podido tratarse de un accidente… Pero yo, con sinceridad, opino de muy distinta manera. En fin, el caso ya no tiene remedio.

* * *

Habían levantado otra tienda de campaña. Para los tres recién llegados.

Al poco de haberse retirado a descansar, Billy Reagar dormía ya, roncando profundamente. El camino le había fatigado en exceso. No estaba acostumbrado a moverse.

Alan Hope dormía también.

Oportunidad que aprovechó Andrew Corwers para salir de allí, sin que sus compañeros repararan en ello.

Al poco, llegaba a la tienda de Coleen y se detenía junto a la cremallera que señalaba la forma de la puerta. Empezó por pronunciar el nombre de ella.

—Coleen… Coleen… —Y luego—. Soy yo, Andrew… Abre… Te lo ruego…

La muchacha no dormía. En seguida dejó sentir su voz:

—Ya voy… Entre… Entre…

Había descorrido con presteza la cremallera, entreabriendo la abertura en la lona.

—¿Cómo te encuentras, Coleen? —Fue lo primero que él le preguntó, mientras le estrechaba las manos, en un gesto cálido, reconfortante.

—Mejor… —confesó la muchacha—. Sobre todo ahora que está usted aquí. Gracias por haber venido —y reconoció—. Nos fuimos porque yo quise alejarme de usted… No, no culpe a nadie, señor Corwers; la única culpable fui yo. Ronald se limitó a hacer lo que yo le pedía.

—Pero ¿por qué quisiste huir de mí? —Preguntó Andrew—. Creía ser ya un buen amigo para ti.

—No lo interprete mal, se lo ruego. Es que sucedió algo horrible. Algo que confirmaba, de un modo monstruoso, mis terribles dudas, mis pavorosos temores… Por eso pensé que nada mejor que alejarme de usted…

—¿De qué me hablas, Coleen? ¿A qué te refieres?

Vio que la muchacha sentía escalofríos.

Escalofríos tenues al principio, después, violentos. Que gradualmente iban convirtiéndose en espasmos.

Se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos, contra su pecho, queriendo darle ese valor que indudablemente le faltaba.

—Ten confianza en mí… —le rogó—. ¿Qué te sucede, qué es lo que te atormenta…? Dímelo, yo te ayudaré…

—Tenía usted razón —murmuró finalmente la muchacha—. Necesito alguien en quien poder confiar enteramente.

La vio propensa a las confidencias o simplemente a hablar. No, no quiso desaprovechar ese instante favorable. Por lo que se apresuró a apremiarla:

—Dímelo todo… Ahora mismo…

Y Coleen, aunque espantada del alcance horripilante de sus propias palabras, le explicó lo sucedido.

Desde el principio hasta el final. Sin omitir el menor pormenor. Sin suavizar asperezas de ninguna clase. Sin sentir compasión ni siquiera por ella misma.

—¿Queeeeeé…? ¿Queeeeé…? ¿Queeeeeé…?

Una y otra vez fue ésta la respuesta de Andrew Corwers, que no salía de su asombro, de su perplejidad.

Porque perplejidad y asombro se desbordaban dentro de su propio ser, anegándolo todo.

¿Habría oído bien…?

¿No le habían jugado una mala pasada sus tímpanos…?

Por unos instantes le dieron tentaciones de soltar una ruidosa carcajada.

Pero todo aquello formaba parte de una funesta y demencial pesadilla. Lo sabía.

No había motivos, ciertamente, para echarse a reír. Muy al contrario.

—¿Comprende, señor Corwers? —Y se le agarrotaba la voz.

—No, no comprendo cómo has podido obsesionarte de tal modo… Porque tu mal no es otro que ése, una terrible obsesión… Esto, como base primordial… Aunque claro, deben barajarse otros factores… Otros motivo, que asimismo van en contra tuya…

—¿No me has creído? —inquirió ella.

—He creído en la sinceridad de tu narración —dijo Andrew—, pero no puedo creer, en absoluto, en su autenticidad. ¡Ni que estuviera borracho! —Y añadió, tras una breve pausa—. He leído y he estudiado Biología, no mucho, lo confieso, pero sí lo suficiente para saber que todo eso que me han contado no pasa de ser una magnífica y solemne patraña.

—Mi tío era un científico y…

—Por lo que yo sabía, y por lo que tú me has contado, era simplemente un alucinado, que había hecho de su vida una locura.

—En su libro escribió que… —empezó a objetar Coleen— que… efectuó una prueba…

—Tu tío no escribió eso en el libro, estoy seguro.

O tu tío estaba tan loco como sus enloquecidos ensueños.

—Pero ¿y la sangre que yo llevo en las venas? ¿Tampoco eso tiene importancia…?

—Si te hubieran dado la sangre de ese leopardo, hubieras muerto, Coleen. Desengáñate, esta cuestión no tiene vuelta de hoja.

—Pues lo vi con mis propios ojos. Ronald me salvó la vida a ese precio… Además, desgraciadamente, he podido comprobar… —Y temblaba de nuevo—. Se lo he dicho; la noche que murió Sambo, yo me desperté tirada en el suelo de la habitación, con las manos manchadas de sangre… La otra noche, la que el leopardo hembra mató a Johnny, yo me hallé en medio de una madriguera, y en mi boca había un trozo de su carne… Las huellas de la fiera siempre han partido de la casa. Además, el otro día, cuando el leopardo macho se acercó a mí, y creí que iba a matarme, quedó demostrado una vez más… Sí, se tumbó a mi lado, y se puso a maullar mimosamente… Como si yo fuera su pareja… Como si lo estuviera intuyendo…

—¡No digas más disparates, Coleen! ¡O voy a creer que he llegado tarde, que ya has perdido la razón! —Sin más, Andrew atrajo hacia sí a la muchacha, y la besó en la boca de un modo rabioso, exclamando luego—: ¡Para que te des cuenta de que eres una mujer…! ¡Toda una mujer…! ¡Sin tachas ni defectos…!

—Andrew… —murmuró ella.

—Y ahora, escúchame atentamente. —No la había soltado, y la sacudía, queriendo, de una vez, sacarle del letargo en que se hallaba sumida—. No vas a fiarte de Ronald, ni vas a tomar las pastillas que

te dé, ni vas a hacer nada de lo que él te indique. Ni vas a fiarte tampoco de Billy Reagar, ni tampoco de Alan Hope… ¡De nadie!

—Ronald siempre ha sido muy bueno conmigo —le defendió.

—Como sea —aclaró Andrew—, de ahora en adelante sólo vas a fiarte de mí… Pero disimularás, fingirás, ¿me entiendes? Has de hacerlo así, mientras yo, de un modo indirecto, tomo cartas en el asunto.

—¿Qué vas a hacer? —Y Coleen, en el fondo, no terminaba de darse cuenta de nada. Sólo de una cosa se percataba claramente. De que estaba dispuesta a obedecer a Andrew, en todo y por todo. Presentía que en él se hallaba su única esperanza—: Dímelo, ¿qué vas a hacer…?

—Empezaré por hablar con Tappo —le hizo saber Andrew—. Quizá él sepa por qué estaba en poder de su hermano aquella fotografía.

—¿Qué fotografía? —preguntó.

—La tuya, Coleen.

CAPÍTULO XI

Regresaron a Sattaka.

Pero Tappo no habla el inglés. Apenas sabía pronunciar tres o cuatro palabras, que realmente resultaban insuficientes para poder entenderse con él.

Andrew Corwers no se vio capaz de averiguar nada, por ese lado. Así que ni siquiera se molestó en enseñarle la fotografía de Coleen, que su hermano le entregara, poco antes de morir.

Sin embargo, antes de que Andrew Corwers se alejara de su lado, Tappo había de pronunciar una palabra. Sólo una. Pero con la evidente intención de ayudarle.

—Autocar… Autocar… —Y le indicó una determinada dirección, esto es, hacia el sur.

Andrew dedujo que el descacharrado autocar de línea que le había llevado hasta aquel poblado, tenía algo que ver con el hermano de Tappo.

Por eso, aquella misma tarde, decidió ocupar una de aquellas plazas, y ver adónde le llevaba el polvo de aquella sofocante carretera.

Tal vez fuera una idea tonta…

No, no lo era.

Pronto tuvo la seguridad de ello. Quedó sobradamente demostrado, con lo que sucedió a continuación.

Aún no había llegado el autocar cuando, del interior de un viejo y abandonado almacén, situado bastante cerca de allí, surgió un niño mestizo, que le hizo señas, diciéndole que se acercara.

Andrew Corwers fue hasta aquel lugar, no sabiendo exactamente qué pensar, pero poniéndose un poco en guardia, por si acaso. No le gustaban las encerronas.

Aquello lo era, desde luego. Apenas llegó junto a la puerta del

digamos almacén, vio surgir del interior una manaza, cogerle por un brazo y arrastrarle dentro.

Y ya allí dentro, se encontró de nuevo con aquellos dos descomunales sujetos, con cara de bestias, a los que ya conocía.

—¿Otra vez vosotros, amigos? —ironizó—. Os estáis haciendo pesados… ¿Se puede saber qué queréis de mí…? Si me lo decís, quizá…

—De ésta no vas a salir con vida —barbotó el más alto. Aunque los dos lo eran tanto, que costaba saber cuál lo era más.

—Hemos venido a quitar estorbos —dijo el otro, mientras tomaba la precaución de cerrar la puerta de entrada.

—¿Quién os paga? —Preguntó Andrew—. Porque esto no es cosa vuestra, sino de otro…

Vio cómo relucían unas navajas en las manos de aquellos sujetos. Navajas automáticas, que hicieron siniestramente «cric» al ser colocadas en posición de trabajo.

—Venís más protegidos esta vez, ¿eh?

—¿Qué te imaginabas? —exclamó uno de ellos—. No somos tontos…

—Pues nada, a demostrarlo… Podéis acercaros… No temáis a mis caricias.

Les desconcertó su inalterable serenidad, su asombrosa sangre fría. Pero les desconcertó tan sólo durante unos brevísimos instantes. Transcurridos los cuales decidieron abalanzarse sobre él.

Pero Andrew, mientras tanto, se había armado de un hierro largo y bastante grueso. Los había por el suelo de aquel almacén.

—Adelante, valientes…

Avanzaron los dos, esgrimiendo salvajemente sus navajas, prestos a herirlo, al menor descuido.

Pero Andrew no era hombre propenso a tener descuidos, y se defendió con el hierro, blandiéndolo de un lado a otro, de tal modo y forma, que los dos sujetos se vieron incapaces de acorralarle.

De pronto, cuando menos lo esperaban, el hierro les cogió desprevenidos y las dos navajas, una tras otra, volaron por los aires.

No tuvieron tiempo de ir a buscarlas.

Andrew les cayó encima, con golpes contundentes, definitivos, de los que no pudieron zafarse. Ni aun siendo como eran dos contra uno.

Acabaron en el suelo, sin conocimiento.

Tuvieron suerte de tratar con un caballero, porque, de otra forma, hubieran acabado en el suelo, sin vida. Una diferencia muy notable.

Como sea que el acto había concluido, Andrew se sacudió la ropa y salió del almacén, en el preciso momento que llegaba el autocar de línea.

Subió. Ahora sabía de fijo que debía hacerlo, que su camino era aquella deficiente carretera que, no obstante, resultaba Utilísima en aquella zona para unir los poblados entre sí.

Esperaba que también a él le resultara Utilísima para conducirle a la verdad. A esa verdad que parecía difícil de atrapar.

Pero no se apeó en el primer poblado, unos cinco kilómetros más al sur. Todos los rostros que veía eran de raza negra, y comprendió que le iba a resultar imposible dialogar. Preferible, pues, seguir adelante.

Pero en la siguiente parada, la suerte iba a serle más propicia.

Ese poblado era, evidentemente, mucho más importante. Además, a los pocos metros de donde se detuvo el autocar vio a un hombre blanco, de mediana edad y rostro duro.

Andrew se apeó y se dirigió rectamente hacia él.

—¿Conoce usted a Tappo…? —le preguntó en inglés—. Supongo que me entiende, ¿no?

—No soy inglés, soy francés… Pero le entiendo y puedo responderle. Sí, conozco a Tappo. A veces, suele venir aquí a comprar provisiones, que luego vende a Sattaka. ¿Desea usted algo de mí?

Era mucho más cordial de lo que daba a entender su aspecto. Esto animó a Andrew.

—Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas. Tal vez pudiera usted responderme y prestarme un inestimable favor. ¿Un cigarrillo inglés?

—Gracias.

Poco después, al borde de la misma carretera, estaban hablando como si se conocieran de toda la vida.

—Solía ver a menudo a Beza, al hermano de Tappo. Era un magnífico muchacho. Lo malo de su caso es que había olvidado el color de su piel.

—¿Qué quiere usted decir?

—Estaba enamorado de una joven blanca. Con esto, ya está dicho todo, ¿no cree?

—¿Sabe usted quién era ella?

—No. Beza nunca me lo dijo.

—¿No vio en ninguna ocasión la fotografía de esa muchacha? —preguntó—. Me refiero a que Beza pudo enseñársela…

—No, en absoluto. Beza se limitaba a nombrarla y a decir que era preciosa, maravillosa, la criatura más hermosa que sus ojos habían contemplado.

—¿Beza hablaba inglés?

—Sólo lo entendía, y no mucho. Soy yo quien habla su idioma. Hace veinte años que vine a estas tierras.

—¿De qué vivía Beza? —volvió a preguntar—. ¿De lo mismo que Tappo, su hermano?

—No. Pero no sabría decirle de qué… —Y tras despedir, con deleite, una larga bocanada de humo—. Beza venía a menudo hasta aquí en el autocar. Y en este lugar se apeaba, esperando que una vieja camioneta viniera a buscarle. Ésta es la única información que puedo darle al respecto.

—¿Nunca le dijo adónde iba, ni quién era la persona que venía a buscarle?

—Nunca. No hablaba mucho. Sólo hablaba de la muchacha blanca de la que estaba enamorado.

—¿Vio usted alguna vez a la persona que venía a buscar a Beza en la vieja camioneta?

—Sí.

—¿Hombre blanco?

—Blanco, alto, fuerte. Tiene una cicatriz en la frente, por si le sirve de algo saberlo.

—¿Adónde debían dirigirse? ¿No tiene idea?

—Eso sí, claro. Bacadame es el poblado más cercano. Supongo que se dirigían hacia allí; de otro modo, Beza no se hubiera apeado del autocar en este lugar.

—Comprendo.

—¿Alguna otra pregunta, amigo?

—Me temo que no.

—Por mí no queda, ¿eh?

—Ya me doy cuenta. Le estoy muy agradecido. En fin —le tendió la diestra en un gesto cordial—, no le molesto más.

—No creo haberle ayudado mucho —respondió con agrado al saludo—. De todos modos, si en algo más puedo servirle, ya lo sabe, me tiene a su entera disposición.

—Ahora que lo dice, sí puede hacer algo por mí; indíqueme dónde puedo alquilar un vehículo, más o menos decoroso, esto es lo de menos, que me lleve a Bacadame. Estoy dispuesto a pagar bien.

—Por un precio justo, le ofrezco mi «Ford». Está en buenas condiciones, recién repasado. Además, si lo desea, añadiendo una pequeña propina, le acompaño yo mismo hasta allí. En estas tierras siempre es bueno ir acompañado ¿sabe? Resulta prudente. Además hablo el idioma de ellos y esto le puede facilitar las cosas.

—No se hable más; trato hecho. Y gracias.

—A propósito; me llamo André Renier; me había olvidado de decírselo.

—Mi nombre es Corwers. Andrew Corwers.

En menos de media hora estuvieron en Bacadame un poblado negro que se parecía bastante a Sattaka. Donde empero daba la sensación de no habitar ningún blanco. A simple vista sólo había chozas.

Pero André Renier se dirigió a uno de aquellos indígenas y le hizo un par de preguntas. Al instante informaba a Andrew:

—El hombre de la camioneta, el de la cicatriz en la frente, vive allí. Ha sido fácil localizarle, ¿eh? —Y añadió—: Ahora vaya usted solo. Se entenderán bien; es inglés. Yo le espero aquí.

* * *

—¿Qué quieres saber de Beza? —preguntó el hombre de la cicatriz.

—Usted iba a buscarle en su camioneta ¿no es eso? Solía hacerlo a menudo.

—Sí es cierto —asintió—. Me interesaba facilitarle la llegada a Bacadame que éste es el nombre de este poblado. Era un hombre imprescindible para mi trabajo.

—¿De veras…? ¿Y qué clase de trabajo es el suyo? —Antes de que pudiera tomarse a mal su curiosidad, Andrew Corwers deslizó un billete de cinco libras en las manos de su interlocutor—. Si no

tiene inconveniente en decírmelo.

—¡Oh, no! —Las cinco libras habían surtido un efecto fulminante—. Claro que no. Mi trabajo consiste en… Bueno, yo no soy el dueño de este negocio, pero lo dirijo, que para el caso que a usted le trae supongo que es lo mismo. Pues bien, como le decía, mi trabajo consiste en domar fieras… En dejarlas debidamente preparadas para que, ya en manos de un domador de oficio, el trabajo resulte para éste sencillo y fácil, casi como un juego de niños.

—¿Dónde tiene las fieras? —Andrew Corwers no se había inmutado.

—Al otro lado del poblado.

—¿Podría enseñármelas?

—No faltaría más.

Actualmente sólo tenía tres jaulas llenas. En cada una de ellas se removía un leopardo macho.

—Por lo que veo, domar leopardos es su especialidad.

—En efecto.

—¿Y se los compran bien?

—Sí. Sobre todo en esta época del año.

—Durante estas últimas semanas, ¿le han adquirido muchos ejemplares?

—He tenido doce pedidos. También estos tres ejemplares están ya vendidos, aunque falta efectuar el pago. Creo que mañana vendrán a buscarlos.

—Respecto a las ventas ya efectuadas, a esos doce pedidos de los que ha hecho referencia, dígame, ¿cómo eran físicamente los compradores? Uno de ellos, ¿no era muy alto y delgado? —E inquirió seguidamente—: ¿O tal vez grueso, muy gordo…? ¿O acaso normal, sólo que llevando gafas de bastantes dioptrías…?

—Las compras fueron efectuadas por intermediarios.

—¿Y qué me dice de esos intermediarios? ¿No reparó en un par de sujetos de raza blanca, con cara de bestias, altos como gigantes?

—No, en absoluto.

—En fin, mala suerte. Gracias de todos modos.

—Pero, ahora que pienso… —De pronto, había recordado algo.

—Diga, diga…

—Recuerdo que Beza me dijo que él conocía a uno de los

compradores, que él personalmente le había aconsejado que se dirigiera a mí. Por lo visto, en premio a la información facilitada, ese comprador le había dado a Beza algo que éste estimaba en grado sumo.

—¿Qué era ello?

—Una fotografía de mujer. Eso dijo.

—Y ese comprador, el de la fotografía, ¿para qué quería el leopardo? O tal vez los leopardos si es que compró más de uno…

—Sí, compró un macho y una hembra. De todos modos los otros compradores adquieren también la pareja. Normalmente se compran parejas.

—Y ese comprador al que aludimos ¿para qué quería la pareja de leopardos? ¿Para venderlos a su vez?

—No lo sé. Sólo sé por Beza que ese comprador había sido un magnífico e impresionante domador de circo en su país de origen. País del que tuvo que marcharse porque por culpa de uno de sus números murió su compañero de trabajo. Se dijo que la muerte no fue casual, sino premeditada, que por medio había una mujer, en fin, nada pudo ponerse en claro, pero tuvo que marcharse, airearse…

Andrew Corwers se quedó pensativo evidentemente reflexionando. Pero sólo durante unos breves, brevísimos instantes. Ciertamente, no le hicieron falta más.

De pronto, dijo:

—¿Quiere usted ganarse cien libras? Puede hacerlo con suma facilidad.

—¿Ha dicho cien? —Se le habían abierto mucho los ojos.

—Cien, exactamente.

—¿Qué tengo que hacer?

—Pintar las zarpas de esos tres leopardos, por la parte de abajo. Póngales una buena capa de pintura. Puede hacerlo por la noche, mientras estén tumbados, durmiendo. A uno le pone pintura roja, al otro azul, al otro verde… Esto es todo.

—Deduzco —dijo el hombre de la cicatriz en la frente— que usted pretende que la pintura deje señales en el suelo… —se interrumpió—. Pierde el tiempo. Por más que lleven pintura, no dejarán señales por donde pasen… La pintura se habrá secado y…

—Haga usted lo que le he dicho —concretó Andrew—, y el resto

corre de mi cuenta. ¿De acuerdo?

—No tengo nada que objetar. Simplemente, le prevenía.

—Se lo agradezco. Pero de antemano contaba ya con lo que usted me ha indicado.

Capítulo XII

Ronald Prince no dejaba sola a la muchacha y, casualmente lo hacía, allí estaban sus incondicionales vecinos, Billy Reagar y Alan Hope, ofreciéndole su compañía.

Lo de siempre, nada nuevo.

Pero, también, en esta ocasión, terminó por presentarse una coyuntura favorable. Ocasión que Andrew Corwers se apresuró a aprovechar, con toda premura:

—Coleen…

Pronunció su nombre. De momento, sólo eso. Pero le bastó con que la muchacha se sintiera más confortada que nunca.

—Andrew…

—¿Cómo te encuentras? —quiso saber.

Esto era lo primordial. Porque nada tenía más importancia que su salud, que había llegado a un estado tan tambaleante, tan peligroso, que, por unos instantes, había temido no llegar a tiempo de salvarla.

—Me encuentro mejor… —Esbozó una tenue sonrisa—. Sí, bastante mejor.

—¿De veras? —insistió.

—Sí, sí…

—¿Haces lo que te dije? —saber esto también tenía mucha, muchísima importancia.

—Al pie de la letra. No tomo las pastillas, pero las quito del frasco, y luego las tiro entre la maleza. Finjo encontrarme muy mal, muy mal… No, no me tío de nadie… De nadie… Sólo de ti.

—Así debe de ser, Coleen. Por tu propio bien.

—Pero, dime, ¿qué has conseguido averiguar? O dime, al menos, lo que pretendes averiguar… Sigo hecha un lío… No termino de entender nada.

La respuesta fue clara:

—He averiguado lo preciso para desenredar la madeja.

—Explícamelo…

—En realidad, ha sido todo tan sencillo… La solución me ha llegado como ofrecida en bandeja de plata… Había empezado a investigar a tientas, a ciegas… Esto es lo cierto. Pero sin necesidad de ahondar, de profundizar… —Y agregó—. Tal vez ha sido todo sencillo, porque, desde el principio, he partido de la base de no creer en extrañas biologías… Pero ahora no debo ampliar los pormenores; pueden regresar de un momento a otro… Urge más que te exponga la situación actual, con la debida claridad.

—Dime, dime… Procuraré entenderte.

—Alguien se ha propuesto enloquecerte, Coleen —repuso— o medio enloquecerte, que sin duda es ésta su exacta pretensión. No puedo saber quién es el culpable… No puedo saberlo todavía… Tal vez sea Alan Hope, o Billy Reagar, o el propio Ronald Prince… Un hombre blanco, esto por descontado. El cerebro que guía todo esto es netamente occidental… Me inclino por sospechar de Ronald Prince, pero hemos llegado a un extremo en que las suposiciones no bastan. Hay que demostrar quién es el culpable, y lograrlo con hechos. Otra cosa no sirve.

—Sí, sí…

—Pero, dime, esto también es básico… Cuando tú estabas desangrándote, y Ronald Prince te dio aquella sangre… Bueno, quiero decir, luego, luego… ¿quién fue el primero que llegó en vuestro auxilio?

—Fue Billy Reagar que no pudo llegar antes porque se le había estropeado su coche… Y Alan Hope, que apareció con él, al mismo tiempo.

—Bien, bien… —Y sin transición—. Tengo ya un plan. Puede fallar, es indudable, pero no lo creo. El asesino…

—¿El asesino? —No cabía duda de que Coleen seguía aturdida, incapaz de unir hechos y circunstancias entre sí, y sacar sus propias deducciones—. ¿A qué asesino te refieres? ¿Al de Beza…? ¿Al de Nabba…?

—Y al de Sambo, y al de Johnny Hodsson —puntualizó.

—Pero si a éstos les mató el leopardo hembra…

—Déjame hacer a mí.

—Sí, sí… —asintió una vez más. Porque una vez más se sentía protegida por aquel hombre, al que veía ansioso por ayudarla.

—Esta noche, o cualquier otra noche —siguió diciendo Andrew— sucederá algo… No sé lo que será, pero, por si acaso, no te muevas de tu dormitorio. Aunque pienso que, aunque salieras, estarías libre de todo riesgo… El asesino elimina a unos y a otros, pero no es su intención eliminarte a ti… De haberlo pretendido, las ocasiones le hubieran sobrado. El día que murió Sambo, y te encontraste tirada en medio de la habitación, con las manos manchadas de sangre, ¿quién crees tú que te dejó allí…? Y el día que te encontraste en medio de la madriguera, sobre el cuerpo medio devorado de Johnny, ¿quién supones que te trasladó…? Como sea, esa persona se las ha arreglado bien para entrar en tu dormitorio. Debe tener una llave… En fin, recuerda mis instrucciones, y ten cuidado.

—Pero ¿qué supones que sucederá esta noche, o cualquier otra noche? —Se asustó Coleen.

—Supongo que actuará un nuevo leopardo. Un nuevo leopardo macho. El leopardo hembra, no, porque el asesino no querrá enloquecerte más; te supone ya en el punto justo que él precisa… Así, pues, él precisará a su vez un nuevo ejemplar de leopardo, ya que el otro murió acribillado a balazos… Sí, lo necesitará, porque evidentemente este asesino no sabe actuar con otros métodos. Su táctica es ésa… No tiene otra…

—No te comprendo.

—Le estoy muy agradecido por su hospitalidad, señorita Griffin —dijo Andrew Corwers, al oír que los demás se acercaban—, pero lamentándolo mucho, tendré que…

—¿Cómo? —Ronald Prince fue el primero en llegar hasta ellos dos—. ¿Nos va a dejar tan pronto?

—No tan pronto —repuso el joven, con natural desenvoltura—. Hace ya días que estoy abusando de la amabilidad de ustedes.

—De ninguna manera —se mostraba sumamente amable, esto no cabía ponerlo en duda—. Su presencia es un placer para todos nosotros. Piénselo mejor, señor Corwers. Ésta es su casa.

—Muy amable, señor Prince.

* * *

Ronald Prince se había acostado. Empezaba a dormirse.

Pero le pareció oír un ruido y entreabrió los párpados. Vio entonces que se movía el mosquitero metálico de la ventana.

Sin embargo, debía estar más dormido de lo que creía, o simplemente, necesitaba ponerse gafas. El mosquitero no podía moverse de aquella manera, como si alguien lo hubiera desencajado por completo de su sitio.

Pero lo cierto es que estaba despierto y, a pesar de no llevar las gafas, veía suficientemente bien. Aquello no era una ficción, ni algo puramente imaginario. Era una realidad.

Una aterradora realidad, ya que el mosquitero acababa de caer al suelo de cuajo, apareciendo en el encuadre de la ventana la figura fiera y amenazadora de un leopardo.

Un leopardo, antes de darle tiempo a nada, dio un salto pavoroso y se lanzó sobre su lecho, sobre su cuerpo, clavándole las zarpas en el pecho hasta casi llegarle al corazón. Por simples milímetros debió quedar la cosa.

Después llegó una terrible y sanguinaria dentellada en la mitad del rostro, y luego, una dentellada final en la garganta, profunda, incisiva, todo lo larga que resultó precisa.

Poco después la fiera se marchaba por donde había entrado y Ronald Prince quedaba allí, muerto, sin haber tenido tiempo ni fuerzas para lanzar un solo grito.

CAPÍTULO XIII

Se habían reunido alrededor de aquel cuerpo sin vida.

Era ya de día. Hasta hacía poco, ni siquiera se habían enterado de lo sucedido.

—Verdaderamente horrible —añadió Billy Reagar.

—Es horrible —dijo Alan Hope, muy pálido.

Coleen lloraba silenciosamente.

—En esta ocasión —intervino Andrew Corwers—, el leopardo no ha actuado solo, salta a la vista… El mosquitero ha sido cortado por una herramienta… Pero, bueno, en realidad, esto no resulta insólito… Nunca ha actuado sólo el leopardo…

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el alto y delgado Alan Hope.

—Sencillamente —aclaró Andrew—, que en todos los casos, el leopardo ha asesinado obedeciendo a su domador.

—¿A su domador? —El rostro del grueso Billy Reagar expresó mucho asombro.

—Resulta evidente, ¿no? Pero yo no soy quien debe esclarecer las muertes, ni el modo en que exactamente se han llevado a cabo… Para eso está la ley, la policía…

Y la policía llega en estos momentos. Ya he oído el *jeep*… Con sinceridad, sí, he sido yo quien les ha llamado… Bueno, ha sido un conocido mío, un tal André Renier, quien en mi nombre ha ido a buscarles…

Fueron al encuentro de los ocupantes del *jeep*. Negros de la policía sudafricana, con *short* de tela caqui, sahariana de cuatro bolsillos y fusil al hombro. Iban mandados por un sargento, de mediana edad.

Fue a éste a quien Andrew Corwers se dirigió, poco después:

—Dese cuenta, sargento; las zarpas de este leopardo han dejado

huellas de pintura azul… —Y añadió—. Yo estaba convencido que, de volver a aparecer un leopardo por aquí, su camino sería esta terraza, esta casa… Aquí estaban sus presuntas víctimas, no podía dudarlo… Así que, ayer noche, previniendo esta posible eventualidad, actué en consecuencia… Y antes de acostarme, arrojé aguarrás en la terraza… Aguarrás que conseguí en Nassana… Aguarrás que, como ustedes saben, es esencia de trementina, que se emplea en la preparación de barnices y pinturas, y para la disolución de los mismos… Dejé un buen charco por donde me imaginaba que iban a pasar las zarpas… Sabía que la pintura se ablandaría, y que alguna que otra señal quedaría… Y aquí las tienen…

—Pero ¿cómo se explica usted —preguntó Billy Reagar— que ese leopardo llevara pintura?

Andrew Corwers explicó el procedimiento empleado. De una absoluta simplicidad, pero de unos resultados efectivos.

—Sí, efectivamente —repuso—, porque ahora resultará facilísimo saber la verdad… A través del intermediario al que le fue entregado el leopardo que llevaba pintura de color azul…

* * *

Billy Reagar echó a correr como un desesperado, delatándose del modo más rotundo. Por lo demás, la grasa no iba a favorecerle en la huida. Sería alcanzado a los pocos metros.

Sin duda, comprendiéndolo así, metió la mano en el bolsillo de la americana, sacó una pistola y empezó a disparar.

El sargento y sus hombres se parapetaron convenientemente. Una aconsejable medida de prudencia.

Pero Andrew Corwers no estaba dispuesto a conceder a Billy Reagar ni una sola oportunidad. No fuera a ser que, conocedor del terreno, consiguiera escapar.

Por lo demás, sabía que Billy Reagar tenía secuaces, como los dos mastodontes que a él le habían atacado. Mala cosa sería que pudiera recurrir nuevamente a ellos.

Así, pues, Andrew no lo pensó dos veces, y cogió el fusil de uno de los policías.

—Sólo es un préstamo —sonrió.

Se precipitó hacia adelante, en un zigzag velocísimo, sin tomar

demasiado en consideración las balas que enviaba Billy Reagar.

Éste terminó protegiéndose tras un grueso árbol, desde donde no podía temer los disparos del sargento y de sus hombres. Pero podían alcanzarle los proyectiles de Andrew Corwers, y en esto estribaba ahora su mayor inquietud.

No sin razón, pues Andrew Corwers tenía muy buena puntería, y lo estaba demostrando, pues ya le había herido en un brazo y una pierna, mientras él ni siquiera le había hecho un rasguño.

Comprendió que, si persistía en su empeño, su vida acabaría de un balazo certero, y perdió por entero la serenidad. Esa serenidad de la que siempre había hecho tanta gala.

—¡Basta! —exclamó—. ¡Me rindo! ¡Me rindo! —Y luego empezó a gritar—. ¡Soy el culpable…! ¡Sí, lo soy! ¡Lo he hecho por ti, Coleen…! ¡Necesitaba que fueras mía!

* * *

Seguidamente, había de explicarlo todo con un poco más de calma, de hilación.

Hacía ya años que trabajaba en el circo, cuando cierto día, deslumbrado, fascinado, se dio cuenta de que tenía un poder especial sobre ciertas fieras, sobre todo con los leopardos… Un poder que sobrepasaba los límites de lo imaginado, de lo aparentemente lógico y real.

Y ese descubrimiento lo hizo Billy Reagar cuando, precisamente, se sentía lleno de odio hacia su compañero de trabajo, un joven alto y arrogante, que le había robado el amor de la muchacha por la que él se interesaba.

Decidió eliminar a su rival y así lo hizo. En realidad, le bastó clavar su mirada en los ojos de la fiera, con la que llevaba a cabo aquel número, y mandarle: «¡Mátale!». Le obedeció en el acto.

Ésta fue la primera etapa de su vida.

Luego, bastantes años más tarde, de eso hacía ya poco, Billy Reagar fue a parar a Sattaka. Posiblemente, se hubiera marchado de allí a los pocos días, pero conoció a Coleen, y todos sus planes cambiaron de rumbo. Súbitamente prendado de la muchacha, decidió ser él quien se la llevara.

Pero Coleen Griffin acababa de conocer a Johnny Hodsson y, al parecer, eran ya novios. Además, existía Ronald Prince, que, en

silencio, amaba fervorosamente a la muchacha.

No obstante Billy Reagar pensó que algo se le ocurriría que diera al traste con todos aquellos obstáculos.

Mientras tanto, se quedó en Sattaka, donde el tío de Coleen, el doctor Griffin, persistía en sus teorías biológicas, sin desmayar en su empeño. Un empeño del que hablaba constantemente pues para él no había más tema fascinador que aquél.

En eso, como si el destino quisiera ofrecer a Billy Reagar la diabólica oportunidad que buscaba, sucedió aquello…

Y Reagar, que fue el primero en llegar al campamento situado junto al lago, se encontró con que el doctor Griffin yacía, moribundo, y que Ronald Prince estaba echando aquellos polvos en una jeringuilla… Al poco, estaría extrayendo la sangre al leopardo…

Billy Reagar había parpadeado, desconcertado. No se atrevía a creer lo que veía. Pero sí, era un hecho cierto. Ronald Prince iba a llevar a cabo el experimento del doctor Griffin.

Coleen acababa de desvanecerse.

Sin embargo, Ronald Prince había calculado mal sus propias fuerzas y, a su vez, cayó desplomado, perdido por completo el conocimiento. La jeringuilla quedó en su mano, sin romperse.

Billy Reagar se hizo cargo de la situación y comprendió que, si actuaba con rapidez, podía sacarle mucho provecho a tan favorable coyuntura.

Se dirigió apresuradamente hacia su coche y sacó un maletín, que el propio doctor Griffin le había rogado que le llevara al campamento.

Coleen solía dejar que su tío le sacara sangre. El doctor Griffin decía que le resultaba beneficiosa para sus pruebas.

Rebuscó en el maletín. Buscó una jeringuilla de idénticas características a aquella que Ronald Prince tenía en la mano, le colocó la aguja correspondiente y luego absorbió la sangre de la propia Coleen, que llevaba allí cuidadosamente envasada, en un frasco de cristal.

Después, quitó la jeringuilla de la mano de Ronald Prince, y puso la otra.

Seguidamente, Billy Reagar cogió su coche, retrocedió un par de kilómetros e hizo ver que se le había estropeado el coche. Cuando

se le reunió Alan Hope, los dos se dirigieron juntos hacia allí.

En fin, que Billy Reagar lo había dejado todo preparado para que Coleen salvara la vida a base de algo que, después, se volvería contra ella misma. Porque, creyendo ya la muchacha que por sus venas corría la sangre de un leopardo hembra, lo demás resultaría muy sencillo para él.

Claro que sí. Sobre todo teniendo en cuenta que cualquier leopardo que adquiriese, medio domado, sería en el acto, en sus manos, un arma eficaz a más no poder. Se comprometía a hacerse obedecer hasta en los más mínimos detalles.

Su propósito, por tanto, era desquiciar a Coleen y dejarla sola y desamparada en Sattaka. Entonces él se convertiría en su mejor amigo, en su único aliado, y podría hacer de ella lo que quisiera.

Billy Reagar consiguió una llave de la puerta del dormitorio de la muchacha, la puerta que daba, como todas, a la terraza. Así pudo quitarle las pastillas que Ronald Prince le iba dando, poniendo otras en su lugar. Otras pastillas que no eran más que excitantes, drogas, somníferos: una mezcla enloquecedora y alucinante, que le ayudaba siniestramente a sus fines.

A Beza le mató para que no dijera que había comprado en Bacadame una pareja de leopardos. Además, Beza amaba a Coleen y esto no le beneficiaba. Abusando de la confianza que el negro le tenía, lo maniató, colgándole de un árbol y dejándole allí con púas de puercoespín clavadas en la lengua. Con esta clase de muerte, seguro que nadie desconfiaba de un hombre blanco. Matar así era cosa de negros.

Pero Beza tenía un buen amigo, Sambo, y Billy Reagar temió que éste supiera más de la cuenta. Hizo que el leopardo hembra acabara con él.

También le sobraba aquel pequeño que el doctor Griffin atendió en una ocasión. Así, pues, ofreció unas golosinas al niño, si se escapaba con él por el bosque.

Y así lo hizo la infeliz criatura desoyendo las protestas de su madre, y él lo mató, enterrándole, para que no se encontrara su cuerpo. Una muerte más, hecha con escalofriante frialdad.

Así pudo Billy Reagar escribir aquello en el libro del doctor Griffin, imitando bien su letra. Un ardid más para que Coleen cayera de pleno en el abismo que se estaba abriendo a sus pies.

Después le tocó el turno a Johnny Hodsson, ya que Billy Reagar necesitaba, inevitablemente, quedarse solo. Solo con la muchacha. Cuanto más solo, mejor.

Nabba era punto y aparte en aquellos planes suyos. Ella desde el cementerio creyó oír que alguien daba órdenes al leopardo asesino…

Tuvo que matarla. Pero le bastó llevarla hasta el remanso del río, lleno de cocodrilos, y darle un empujón. Fue fácil de engañar.

Después, Ronald Prince…

En fin, una cadena de muertes horripilantes, monstruosas, que, en resumidas cuentas, no iban a servirle de nada.

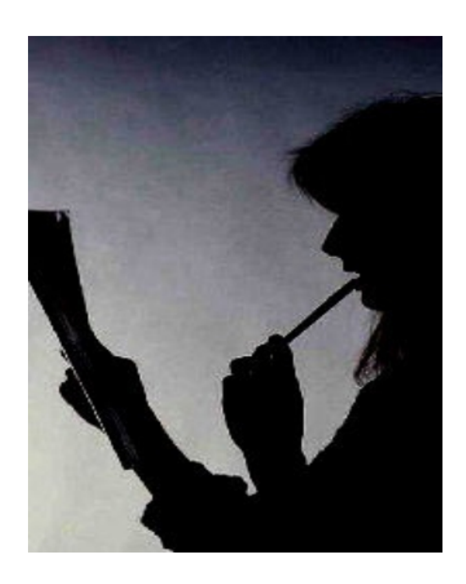
Andrew Corwers le había atrapado como a un ladrón. Sí, el fracaso lo debía a Andrew Corwers, cuya presencia, ya desde el primer momento, se le antojó peligrosa. Por eso quiso quitarle de en medio y pagó a un par de individuos, que casualmente había conocido en otro poblado.

Pero Andrew no dejó que le ganara la partida, y todo, en conclusión, había acabado mal para él.

—Nunca te agradeceré bastante lo que has hecho por mí —dijo Coleen, cuando el autocar empezó a dar botes, en medio del polvo de la carretera, alejándoles ya para siempre de Sattaka. Y añadió—: A no ser por ti, hubiera acabado enteramente desquiciada, completamente loca, cayendo en poder de la siniestra maldad de un hombre.

—No lo recuerdes más —rogó Andrew—, y piensa sólo en mí, que he sido tu salvador. Y seré algo más que eso, en tu vida, si tú quieres…

FIN



Seudónimo bajo el que publicó sus novelas de temática policíaca y de terror Isabel Irigaray Echevarri, en sus novelas «femeninas» utilizaba su nombre y primer apellido.